cuatro

grifo

Escuela de Literatura Creativa Universidad Diego Portales

agosto / septiembre 2004

· MARIO BELLATÍN: KAWABATA, EL TRAVESTI Y EL PEZ
· ENTREVISTAS: BERTONI, DE JOLLY
· RELATO DE UN ENCUENTRO CON ALVARO MUTIS
· LA GOTERA (CREACION PROPIA)

número cuatro

03 Patrick Hamilton

04 Kawabata, el travesti y el pez. Por Mario Bellatin

06 La Lectura. Por Matías Rivas

07 Crítica Literaria.

08 Entrevista a Bruno Vidal. Por José Maximiliano Díaz

10 Conversación con Claudio Bertoni. Por Vicente Undurraga

13 La Gotera. El espejo de las cainitas. Por Carlos Cuevas

14 La Gotera. Poemas visuales. Por Fernando Mora

18 Paulo de Jolly: El hombre que se cree Luis XIV. Por Andrea Lagos

20 El coleccionista de autógrafos. Por Alejandro Zambra

22 Apuntes sobre el escribir y el reír. Por Ernesto Rodríguez

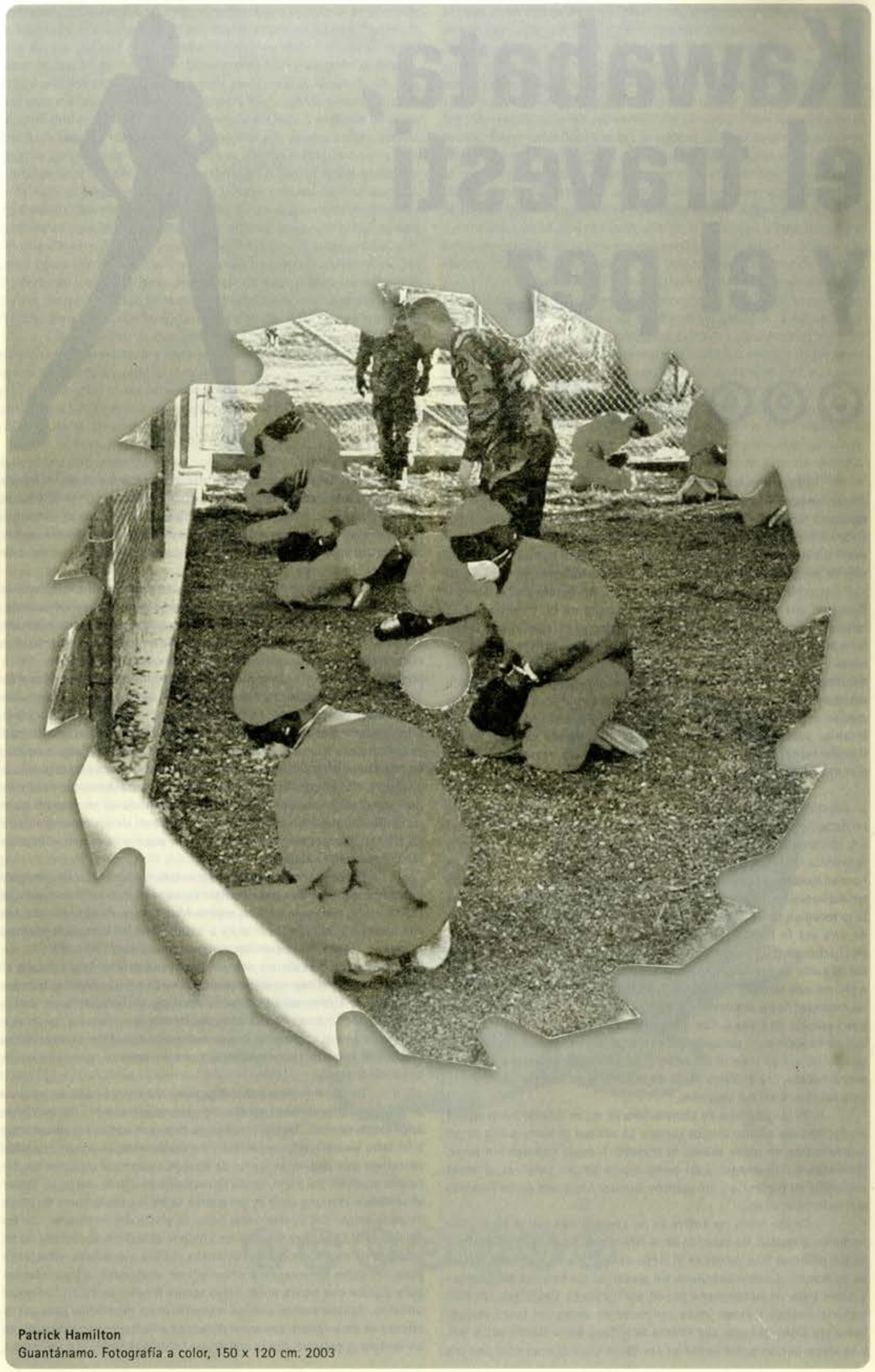
23 El mito del artista destrozado. Por Raúl Zurita

DIRECTORA
paz balmaceda

EDITORA
constanza ramírez

COLABORAN
matías rivas
alejandro zambra
vicente undurraga
francisca lange
mario bellatín
patrick hamilton
carlos altamirano
bruno vidal
raúl zurita
andrea lagos
alen lauzán
ernesto rodríguez

DISEÑO
felipe raveau



Patrick Hamilton
Guantánamo. Fotografía a color, 150 x 120 cm. 2003

Kawabata, el travesti y el pez

Por Mario Bellatín

Hace algunos años, mientras terminaba de escribir *Damas chinas*, empezó a frecuentar mi casa un amigo que al mismo tiempo que estudiaba filosofía acostumbraba a travestirse en las noches. Este hallazgo, el de un filósofo transformista, me pareció lo suficientemente peculiar como para dedicar tardes enteras a escucharlo para que me contara no sólo de sus peripecias nocturnas, sino de cómo aplicaba en la vida real sus conocimiento de Kant o Nietzsche, de quienes era devoto. Recuerdo que llegaba a mi casa, se preparaba un té, y comenzaba a referirse al mito del eterno retorno o criticaba las categorías kantianas. Siempre llevaba consigo un maletín con algunos libros, así como las ropas y objetos que necesitaría en sus incursiones nocturnas. Mientras hablaba iba sacando los aretes, el lápiz labial y las pelucas que se pondría más tarde. Sin ningún pudor se quitaba los pantalones y se ponía unas medias negras de rombos. De esa forma veía, teniendo como fondo las letanías sobre Kant o Nietzsche, cómo ese tímido estudiante iba transformándose en la agresiva mujer que noche tras noche corría distintos riesgos en sus pesquisas por la ciudad.

Este amigo era de disciplina férrea. Se acostara a la hora que se acostase siempre estaba de pie a las siete de la mañana para no perderse su primera clase. Con los ojos enrojecidos y tratando de ocultar con chicles o enjuagues bucales el aliento a alcohol buscaba no perderse la mínima idea expresada por sus maestros. Sólo durante el cambio de hora se tomaba un descanso y salía al campo de la facultad. Se sentaba en una banca donde acostumbraba hacer un recuento de la noche anterior. Si lo recogían en auto solían llevarlo hasta la orilla del mar, donde más de una vez lo habían abandonado. A quienes más temía era a los muchachos en grupo, que muchas veces lo invitaban a pasear únicamente por el gusto de descargar sobre su cuerpo una insólita violencia. Si iba a pie era casi siempre con hombres de escasos recursos: guardianes de las empresas de los alrededores u obreros que debían llegar de madrugada a sus puestos de trabajo. Con ellos adentraba en terrenos abandonados que ya conocía o en parques que contaban con altos matorrales. Esto ocurría incluso en invierno. Al volver a su casa debía despejarse bajo una ducha helada. Era el único modo de mostrarse en buenas condiciones para las clases del día siguiente.

Yo lo escuchaba en silencio. Sólo de vez en cuando hacía alguna acotación para aclarar ciertos puntos. La actitud se parecía a la de un psicoanalista en plena sesión. El travesti-filósofo hablaba sin parar, teniéndome únicamente a mí como espejo de sus palabras. A veces confundía mi presencia y me hablaba como si fuera uno de los hombres que lo frecuentaban.

De ese modo me enteré de las perversiones que se viven cada noche en la ciudad. De aspectos de la infancia de aquel travesti-filósofo, de sus primeras incursiones en el juego del cambio de identidad sexual, de su madre –a quien abandonó sin piedad en un hospital del Estado– y, sobre todo, de su temprana pasión por los libros. Desde que era niño recorría, vestido muchas veces con ropas de mujer, las casas vecinas buscando algún ejemplar que sirviera de lectura. En su familia nadie leía, y lo único que se podía hallar en las casas vecinas eran casi siempre revistas de historietas o periódicos que daban cuenta de los crímenes ocurridos. En la escuela contó con algunos maestros que le diseñaron un plan de lecturas básicas. Cuando los demás estudiantes se enteraron de aquella afición tuvo que sobrellevar dos motivos de oprobio: haber renunciado a su condición de hombre y que encima tuviera aquella afición por los libros.

Durante esas tardes yo acababa de terminar una relectura de *La casa de las bellas* durmientes del escritor japonés Yasunari Kawabata. Si bien es cierto había leído la novela años antes, esta segunda incursión me dejó perplejo. Como muchos deben saber, en el libro se describe una exclusiva casa de citas que únicamente da servicio a ancianos de cierto prestigio social. Estos clientes duermen al lado de jóvenes que han sido narcotizadas previamente para ignorar con quién pasaron la noche. Los ancianos no pueden, entre otras restricciones, ni siquiera intentar tener relaciones sexuales con las durmientes. Solamente se les da la oportunidad de dormir junto a la belleza que estas jóvenes representan. Toda la novela, en realidad un tratado sobre los tristes lazos que existen entre la juventud y la vejez, transcurre durante cinco noches. El narrador no necesita más que una discreta casa en los suburbios y un discurso monocorde para construir una metáfora de la existencia. A través de las impresiones de un cliente que está en el punto previo a la vejez se abren en el infinito inmensas y misteriosas preguntas.

Puede parecer curioso lo que señalaré a continuación, pero me he dado cuenta de que para escribir en condiciones óptimas necesito rodearme de uno o varios animales. Muchas veces observando sus conductas he hallado soluciones a algunos de los comportamientos humanos que se me presentan en los manuscritos como difíciles de comprender. En más de una ocasión la actitud de una gata celosa o el proceso de aprendizaje de un pequeño cachorro me ha permitido percibir una serie de elementos universales, atávicos, en las reacciones de las personas. Me interesa mucho el hecho de que los animales son lo que son. Su ser animal se presenta de una manera transparente, sin opacidades capaces de empañar la contundencia que debe tener un personaje o una situación literaria.

En aquel tiempo una amiga escritora me obsequió un acuario de medianas proporciones, ya que los peces que trató de criar murieron unos detrás de otros. Nunca antes había experimentado vivir con peceras a mi lado, sin embargo me pareció interesante indagar las posibilidades narrativas que podían derivarse de aquella superficial observación del mundo acuático. Fui a una tienda de mascotas de donde –luego de cansar al vendedor con una serie de preguntas sobre las costumbres de peces de agua dulce– salí llevando una bolsa de plástico transparente con los de más fácil crianza en su interior. Coloqué el acuario al costado de mi máquina de escribir mientras terminaba el libro que estaba redactando pude ver cómo empezaban a desarrollarse unas vidas tan asombrosas para alguien que nunca antes había tenido ningún contacto con aquel universo. Aunque cumplí con los requerimientos necesarios para que la crianza se desarrollara con normalidad, aquella experiencia terminó en un verdadero desastre. Había metido los peces, dos hembras y un macho, dentro del acuario según las especificaciones que me dieron en la tienda de mascotas. Al día siguiente el pez macho amaneció muerto. Apenas lo noté advertí también que las dos hembras buscaban comerse su carne. Saqué al macho de inmediato. Experimenté cierta aversión al tocarlo. Utilicé por eso unos guantes de hule para realizar la operación. Dos mañanas más tarde descubrí la presencia de pequeños pececillos en el acuario. Una de las hembras había estado preñada y acababa de parir. Una hora después me acerqué nuevamente a la pecera y pude apenas notar la presencia de los recién nacidos. Miré con detenimiento y sólo quedaban unos cuantos. Entre las hembras se los habían estado comiendo. En la tarde quedaban solitarias como si nada anormal hubiera ocurrido. No quedaba rastro de ningún pececillo. Al día siguiente la hembra que acababa de parir se quedó estática en el fondo del acuario. Nunca más volvió a elevarse. Murió al poco tiempo. En la pecera sólo quedó el otro pez, a quien por si fuera poco le comenzó a aparecer, posiblemente por el efecto de ciertos hongos, una especie de nube blanca en el lomo lo que me obligó, siguiendo fielmente las instrucciones del vendedor al cual regresé para consultarle, a darle muerte de manera contundente.

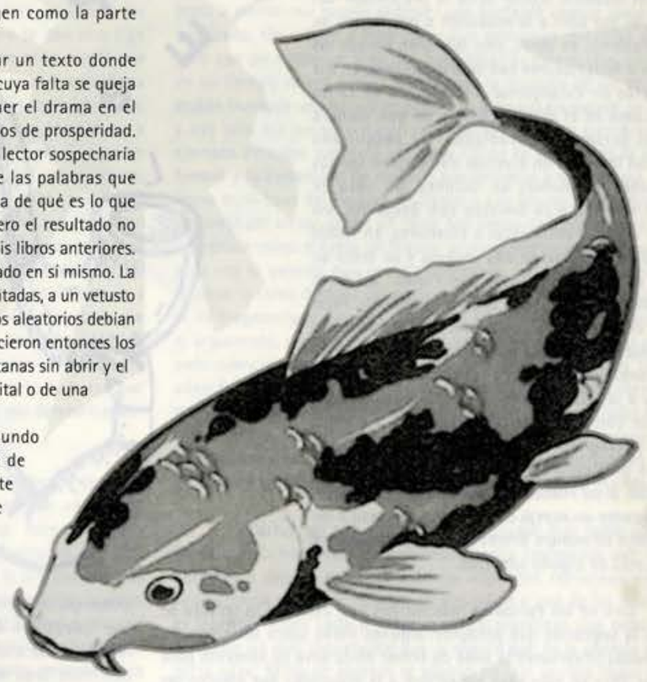
En esos días, en que estaba a punto de terminar una novela, parece que comenzaron a mezclarse en mi cabeza las situaciones de mi amigo el filósofo-travesti, la lectura de *La casa de las bellas* durmientes y mi experiencia con los peces muertos. Creo que fue entonces cuando comenzó a tomar forma un proyecto de escritura que finalmente se convirtió en el *Salón de belleza*.

En resumidas cuentas el libro parece tratar de un salón de belleza que se transforma en un lugar preparado para ir a morir. La voz de un estilista busca narrar cómo ha sido posible que el salón se hubiese convertido en un moridero de uso público. El personaje describe los buenos tiempos del establecimiento, cuando uno de los factores importantes de su decoración era la crianza de peces de colores. En otros narra la presencia de huéspedes enfermos y cómo las aguas de sus peceras comienzan a enturbiarse. Parecen abrirse en el relato dos vías principales. La descripción de una serie de personajes que acompañan al estilista desde los tiempos de prosperidad a los de decadencia del establecimiento, y la historia de unos peces que poco a poco se dirigen como la parte visible de aquel deterioro.

En un primer momento la idea fue redactar un texto donde solamente fueran mencionados los peces ausentes, de cuya falta se queja el narrador al comenzar el relato. Esta voz haría recaer el drama en el añorado esplendor de las peceras, símbolo de los tiempos de prosperidad. El asunto del moridero y sus víctimas sería soslayado. El lector sospecharía que una verdad terrible se encuentra oculta detrás de las palabras que lee. Sin embargo nunca llegará a tener una certeza plena de qué es lo que realmente se esconde. Ensayé esta forma de escritura pero el resultado no estaba de acuerdo con el modo como están planteados mis libros anteriores. El *Salón de belleza* debía constituirse como un relato cerrado en sí mismo. La descripción no podría escapar a las cuatro paredes representadas, a un vetusto salón de belleza decorado con dudoso gusto. Los elementos aleatorios debían remitirse igualmente a un encierro sin escapatoria. Aparecieron entonces los acuarios, la enfermedad como prisión del cuerpo, las ventanas sin abrir y el ambiente recargado con miasmas más propias de un hospital o de una morgue que de un salón de belleza.

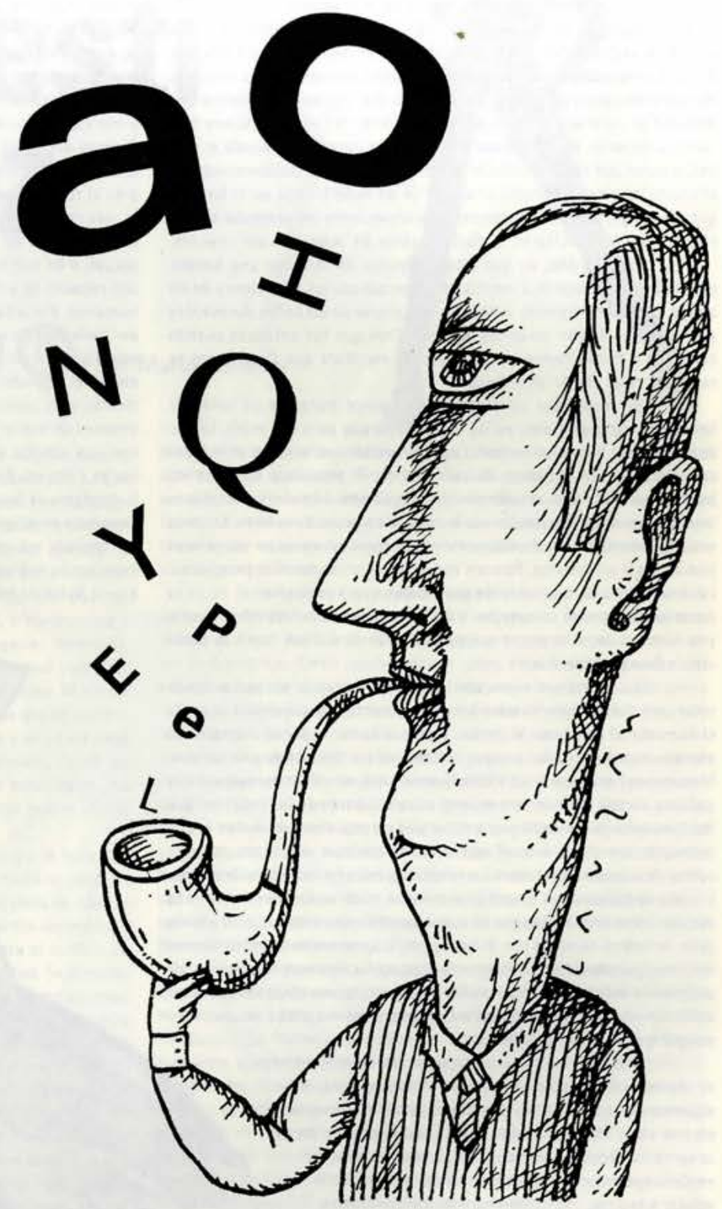
Mientras surgía la representación de este mundo se me ocurrió transformar el texto en un relato que de alguna manera respondiera a la exigencia bíblica presente en mis otros libros. Ya había nombrado el pecado de la carne en *Efecto invernadero*, la guerra y lo político en *Canon perpetuo*. Para *Salón de belleza* se me ocurrió señalar a la peste y sus consecuencias. Las constantes bíblicas parecían cobrar un orden que no se limitaba a un par de libros, sino que podía continuar siendo la guía de mis siguientes obras. Es por eso que a esa etapa de mi trabajo la denomino *Trilogía bíblica*, y cuando aparecieron publicadas las tres novelas en un mismo volumen advertí una suerte de unidad que me hace pensar que todos mis libros no son más que uno solo.

Algunas personas han creído percibir la presencia de una enfermedad particular mientras leían *Salón de belleza*. Otros han encontrado similitudes con los moriderios que en la Edad Media servían como lugar de muerte para los apestados. Algunos más han hallado una serie de metáforas entre los peces y los personajes que aparecen en la novela. Todas estas lecturas las considero válidas. Cuando alguien le halla al texto un tiempo y un espacio definidos -cuando en el libro no se especifica ni tiempo ni lugar-, siento que funciona la propuesta planteada de hacer que cada uno reconstruya un universo propio a partir de su experiencia frente a *Salón de belleza*. Pero mi íntimo interés, vuelvo a mencionar, quizá esté centrado sólo en la repetitiva pregunta que me formulo acerca de las relaciones que pueden existir entre la belleza y la muerte, en las constantes bíblicas que parecen sostener parte de mi obra, o en el reto que se impuso Yasunari Kawabata de hacer una alegoría de la vida con únicamente dos o tres elementos. O tal vez mi búsqueda se base en tratar de entender una existencia dirigida por la ambigüedad sexual, o de qué manera los supuestos excesos o desviaciones morales son capaces de aclarar de una forma más radical la esencia de los seres humanos. Por último es posible que el *Salón de belleza* esté motivado por darle sentido a aquellas tarde, que actualmente me producen extraña nostalgia, donde veía la transformación física que experimentaba mi amigo el filósofo-travesti mientras iba colocándose con cuidado las medias y los zapatos de tacón. Como un homenaje a ese muchacho que después de hablar de aspectos de la *Crítica a la razón* pura me narraba, con una sonrisa desdeñosa, las humillaciones que había soportado la noche anterior. En este libro, además, creo haber vislumbrado algo de la conducta de los animales, de la misma forma cómo el escritor Yasunari Kawabata se refiere a ellos en mucho de sus relatos. Sin embargo, lo que me produce mayor satisfacción al contemplar este libro es que en cada experiencia individual de lectura, incluyendo la mía propia, aparezca un nuevo *Salón de belleza*. ❙o



La Lectura

Por Matías Rivas



Suele ser un asunto común entre los lectores aficionados el interrogarse sobre las horas invertidas en el acto de leer y es posible que esa misma pregunta pueda derivar en un atrabiliario cuestionamiento acerca de los beneficios adquiridos o perdidos durante ese tiempo en comparación a los que la experiencia, por ejemplo, otorga. Lo cierto es que los balances son inútiles de por sí en un asunto tan íntimo e intangible como es el de la lectura. Pero, cabe la posibilidad de que la especulación acerca de una serie de recuerdos de lecturas, en distintos momentos cronológicos, ayuden a trazar una mirada sobre los actos que realizamos durante el recorrido de los libros y a observar de qué manera situaciones cotidianas y hasta triviales, en ciertas ocasiones, influyen en nuestra relación con la literatura. En leer se esparcen horas intraducibles y la influencia de la lectura sobre el tránsito de la vida o la marca del devenir sobre un libro leído se superponen hasta la amalgama propia de los palimpsestos. Identificar algunos síntomas que acompañan el acto de la lectura, quizás pueda ayudar a descubrir realmente en qué nos vinculamos a los libros y qué sombras dejan estos sobre nuestras vidas.

Supongo razones más pueriles que las de Montaigne al atender al por qué de los elementos autobiográficos de este ensayo. No por intentar atrapar el instante (como sería la pretensión del francés), ni por odio a la erudición o por flojera de buscar alusiones en otros, sino más bien porque los biógrafos e historiadores han sido mezquinos en sus mamotretos en escamotear información de tanto interés como es el dónde, cómo y de qué manera leían sus personajes estudiados. He pesquisado referencias laterales en diversos libros como son las *Confesiones* de Thomas de Quincey, un libro de Scholem referido a su amistad con Benjamin, así como en algunas entrevistas a escritores, en *Habla Memoria* de Nabokov, en dos ensayos y un texto de Barthes, en el Doctor Johnson y en Proust , así como en muchos otros que sería tedioso enumerar. Pero, ninguna de estas señas habla directamente del tema de la lectura de la forma que intento referirme. Esto se debe, según mi entender, a lo personal del ejercicio de leer y a las circunstancias que lo rodean, razón suficiente como para obviar preguntas a amigos lectores y refugiarse en la incómoda timidez de los ejemplos particulares. Además sospecho que la experiencia, al ser relatada, aparte de individualizarnos funciona como un espejo convexo con respecto a los otros: refleja de manera diferenciada, pero finalmente muestra más de alguna similitud.

Una de los episodios más nítidos que asocio a la lectura se refiere a la sugestión que producen algunos libros sobre los niños. En determinadas situaciones lo leído da temor, otras sirve de alimento para fantasear. Pero en este caso me refiero a la seducción que ejercen las palabras sobre toda la persona del pequeño lector. Recuerdo haberme encontrado durante mi niñez en una lechería en Casablanca viviendo una de esas situaciones. En la noche, mientras leía Hijo de ladrón se me había despertado un hambre feroz, quizás como reacción a la miseria relatada, por lo que esperaba ansiosamente que cuajara un quesillo en la cocina. Producto de la demora y el sueño que dan los días agitados del campo, mezclado a la voracidad, decidí no seguir a la espera y preparar un sandwich igual al que el personaje de mi libro se estaba haciendo: pan con mantequilla y azúcar. Lo hice tal como lo describía el libro, seguí leyendo un rato y me olvidé completamente del quesillo que acechaba en un principio. No tengo otra imagen de esa novela aparte de la anécdota culinaria y un vaho de la delincuencia que se filtra del relato mismo. Sin embargo, esa lectura mezclada al acto de comer me ha hecho pensar que quizás una de las formas cautivantes de asumir un libro para un niño es unirse a los personajes de la narración al hacer algo en complicidad con ellos. Toda lectura que no intente el poder corre el riesgo de dejar en los lectores ociosos manías, tics o recetas para la vida cotidiana que se encuentran diseminadas en los libros y que sólo el aleatorio azar de nuestra sensibilidad puede recoger. Esto no se contrapone a otras utilidades que puedan tener las lecturas divagatorias, sólo trato de apuntar el roce que se produce entre el olvido y la memoria en lo ínfimo, lo trivial. A la vez, me interesa destacar la serie de movimientos corporales y mentales que un libro produce: como es el hecho de comer lo mismo que en el libro y de esta forma ser una prolongación de éste.

De forma ineludible el acto de leer cuenta con una serie de ruidos que lo interrumpen: sean éstos de tipo mental o externo, el asunto es que demasiado silencio perturba y el alboroto definitivamente no permite continuar. Pero quizás la situación que más implica una determinación por parte del lector son los sonidos intermitentes. En mi adolescencia adquirí la mala costumbre (para mí por lo menos) de dormir largas siestas cuyo acompañamiento como telón de fondo eran el crujir de las demoliciones que cercaban al edificio en que vivía. Este ritual intentaba acompañarlo con una lectura antes de dormir y otra al despertar. Sin embargo, los picotazos y derrumbes, así como los gritos inteligibles (por desgracia) de los obreros me acompañaban fielmente en el acto de leer hasta la desesperación: no es lo mismo una frase de Henry James en la quietud y con todas las comas en su lugar, que la misma frase variada en su puntuación por un martillazo contra la pared. Este aprieto en el que me encontraba con respecto a la condición de excesivos ruidos entrecortados me llevó a dejar mis lecturas de narrativa o ensayo para momentos más silenciosos y concentrar mi atención en libros más apropiados o leves. Esto, con el paso del tiempo, fue determinante en mi futuro como lector: encontré en la poesía un tipo de lectura con un ritmo más intenso incorporado (como es el caso de la rima), lo que me permitía mantener la concentración a pesar de los taladros y a la vez su longitud se adecuaba perfectamente al intervalo que demoraba en quedarme dormido. Sin embargo, esta preferencia obligada por un tipo de género para un momento preciso no me ha hecho olvidar la pregunta imposible: qué podría suceder si uno mezcla los sonidos internos de un texto con los exteriores, qué lectura sale de ahí, qué acentos se varían en el texto original al mezclarse con un picotazo.

Probablemente la más estrecha y perturbadora de las relaciones que se entablan en el momento de leer es la que se produce entre el libro mismo y el cuerpo del lector. Mucho se podría escribir acerca de los diferentes caprichos que cada uno tiene con los libros: rayarlos o no, doblar las puntas de las páginas o forrarlos, dedicarse a mirarlos más que a leerlos, etc. Pero, sin lugar a dudas, la más intensa de las relaciones es la que se crea al interceptarse en un punto determinado la experiencia personal con la narrada en el texto. Esto por supuesto en el caso de lecturas placenteras, no las distantemente trabajadas. En la mayoría de los casos este suceso es de identificación porque se añora ser uno de los personajes del libro o se comparte algo con ellos. Pero se dan otro tipo de cruces, que aunque más oblícuos, a veces se graban en la mente con mayor fidelidad y que al ser recordados despiertan risas o extrañeza frente a lo casual o inconsciente de nuestra forma de escoger los libros. Cuando estaba en el final de mi carrera escolar tuve que someterme a una operación para extraerme las muelas del juicio. Ésta me dejó en un estado calamitoso tal que mi cuello era de una deformidad avergonzante. Al llegar a mi casa compungido y molesto por mi patética cara decidí encerrarme a leer algo que me distrajera totalmente. Para eso escogí un libro del cual sólo tenía referencia acerca de su lejanía temporal y algo sabía de la vida del autor: las Poesías de Francois Villon. Grande fue mi sorpresa al llegar al final del libro y también al final de mi anestesia y leer la famosa "Balada de los ahorcados". Mi dolor de mandíbula me producía un odio hacia los doctores que me operaron similar al de Villon por todos los personajes que pululan en sus Testamentos y mi condena era la misma del francés: sufrir por el cuello, en su caso la horca por fechorías y crímenes, y en el mío el dolor y la fealdad por determinación de la ciencia médica.

Si pensamos en el estado del cuerpo mientras se lee desde el punto de vista de un observador externo podríamos atisbar un vínculo entre el retrato (pintado o de fotografía) y la lectura. Éste no es otro que 'la pose' en que se mantienen los retratados o la persona que está leyendo. Existen variados ejemplos en la historia de la pintura que nos muestran sujetos pintados mientras leen, sólo basta con recordar cuadros como el de Cosme San Martín que se encuentra en el Museo o recurrir a la memoria plástica y acordarse del retrato de Baudelaire realizado por Coubert o el de Degas titulado "Tío y sobrina" donde aparecen dos personajes : un tío cincuentón que mantiene un diario sobre sus rodillas y fuma completamente vestido de negro mirando con aire de decepción a un tercero (el pintor), mientras su sobrina por detrás, también de negro, observa con dulce melancolía al mismo personaje que los ha interrumpido. Pero si bien es completamente explicable el por qué de las pinturas con modelos leyendo, la quietud en que se encuentran no deja de ser inquietante el pensar para quién está posando el lector no retratado. Esta interrogante no tiene respuesta posible, lo que sí se puede adivinar es que la quietud del cuerpo petrificado mientras se lee obedece a una actividad mental considerable, no exteriorizada de manera conciente sino a través de la mueca o algún signo de este tipo. Hay un cuadro del siglo XVIII realizado por Sir Joshua Reynolds titulado "Joseph Baretti" en el que se puede ver a un hombre de aproximadamente cuarenta años apoltronado sobre un cómodo sillón en la penumbra mientras lee un libro que tiene entre las manos con una cercanía tal que no deja de ser sugestiva ya que el retratado tiene la nariz prácticamente a un centímetro del libro. Esta cercanía del libro de Baretti hacia su rostro se podría interpretar como la ceguera del lector obligado a acercar sus ojos lo máximo posible al texto para leer algo oculto que no se deja ver fácilmente o también se podría imaginar uno como observador que el retratado tenía la intención de introducir su nariz entre las páginas para, como decía Barthes, "hacer de la lectura un estado absolutamente apartado , clandestino" en el cual se junta tanto el cuerpo al libro por deseo como "el niño se pega a la madre y el Enamorado se queda suspendido del rostro amado" R. Barthes. El Susurro del Lenguaje. Ed. Paidós. Barcelona. 1987. pág. 45..

De entre la infinita cantidad de relaciones que se pueden hacer con el tema de la lectura es, quizás, una de las más fértiles y por lo tanto una de las más escurridizas la que se desprende de la asociación entre el acto de leer y la temporalidad. No pienso que sea necesario aquí referirme a problemas como la fragmentación del tiempo narrativo y el tiempo real en el momento de tomar o dejar un libro, o cosas por el estilo. Mi poca energía como escritor aficionado no me lo permite. Y de entre las ideas que se asoman en mi mente voy a tomar las más afines a situaciones ordinarias que en algo vinculen estos dos asuntos (la lectura y el tiempo). Por una parte me interesaría acercarme al momento en que se abandona un libro para después de un tiempo volver a él, y por otra parte, a circunstancia que tienen que ver con el tiempo acumulado en lecturas no entendidas.

Existe variadas razones para abandonar un libro, por ejemplo, por poca empatía con la estética del autor, porque el texto se nos hace muy pesado para el momento en que lo leemos, o como decía Borges, porque el libro no fue escrito para nosotros o no ha llegado el tiempo existencial de leerlo. Pero entre estas múltiples excusas para dejar un texto a medias me parece entrever una bastante común aunque no muy analizada. Me refiero a esos libros que adoramos mientras los leemos, pero que sin embargo, algo nos hace dejarlos estancados para después de un tiempo volver a ellos. En mi caso la mayoría de las veces que he dejado truncada una lectura es porque su lenguaje me excede en resplandor y eso sólo me permite mirarlo de soslayo o cada cierto tiempo. Un ejemplo de estos son esos antiguos libros en los cuales la perfección formal y la capacidad de síntesis son llevados a su máxima expresión como es el caso del Paraíso de Dante o Las Georgicas de Virgilio. Aquí la mente del lector recibe un elixir tan denso de lenguaje que el cuerpo lo rechaza como si fuera un órgano externo incrustado en nosotros. Pero a su vez el veneno que nos ha inyectado nos persigue y nos lleva a retomar la tarea después del agobio. En esta situación de lectura el texto se ve fragmentado muchas veces y el hilo conductor finalmente no es el argumento, sino un tipo determinado de lenguaje que nos marca una ambivalencia entre estar en él o separarse para dar respiros. Estos libros además de poseer la característica mencionada anteriormente se van transformando en el tiempo en compañeros de largos períodos de nuestra vida. Junto a ellos ha variado nuestro carácter, hemos empezado y dejado de amar, han sido el máximo placer y el tedio, hasta convertirse en un refugio de esplendor, de la pureza misma que deseamos y a la vez nos perturba.

Parece ser que uno de los asuntos que más tarde aprendemos (si es que lo hacemos) es a darnos cuenta realmente qué cosas nos agradan y cuáles no. Este retardo nos hace meternos en nuestra adolescencia en un sin número de embrollos y uno de los más comunes es intentar leerlo todo o sospechar ansiosamente que todo se puede consumir sin más preparación que el aliento que da la energía de nuestra corta edad. Miles de jóvenes se afanan en leer sendos libros sin ver en ellos más que lenguajes indescifrables. Por mi parte mi pretensión no fue menos e intenté leer a Kant a los catorce años o digerir el Ulises de Joyce de un zarpazo. Esta cantidad de lecturas en las que se entiende poco dejan en la mente ideas vagas, pensamientos mal contextualizados y sobre todo una sensación de impotencia ante el lenguaje. No negaré que añoro volver a esa inocencia porque es en ella donde se siente la lengua como materia viva y los significados como arbitrarios fijados por el uso. Me gustaría pensar que estas lecturas se emparentan con el aprender a hablar de los niños donde los balbuceos como lector son simétricos a los de los niños y que la poesía que brota de estos manotazos con el lenguaje es similar a la de los locos , inocente y sin razón interesada alguna. ☐

MIL GOTAS

César Aira
Eloisa cartonera
30 páginas

La Gioconda se deshizo en mil gotas, que cansadas de habitar una tabla por más de cinco siglos, partieron a recorrer el mundo. Sencilla, así es la trama del relato "Mil gotas", del autor argentino César Aira (1949), que llega a Chile publicado bajo el particular sello de Eloísa cartonera, vale decir, fabricado artesanalmente por los propios cartoneros argentinos, con tapas de cartón y texto fotocopiado.

Hace algún tiempo, Aira, publicó el artículo "La nueva escritura", en el cual da cuenta de la importancia del proceso en las vanguardias, como único método de creación factible una vez terminada la posibilidad de las grandes obras de arte. Es decir, que valida el valor del procedimiento antes que el del resultado.

"Los grandes artistas del siglo XX no son los que hicieron obra, sino los que inventaron procedimientos para que las obras se hicieran solas, o no se hicieran. ¿Para qué necesitamos obras? ¿Quién quiere otra novela, otro cuadro, otra sinfonía?"

En este contexto, "Mil gotas" surge como una corroboración extrema del proceso vanguardista propuesto en toda su literatura.

Este relato es el resultado de una síntesis de imágenes, sensaciones y texturas oníricas puestas una tras de otra, simulando tal vez el proceso surrealista de Bretón, pero resuelto en su primera contradicción. Es decir, que el "yo" crítico que antes se le había negado a la escritura automática, es puesto ahora como el tamiz por donde pasan todas las imágenes del relato, dejando entrever la moral de autor que desde un comienzo se imagina Aira. Esta moral corresponde al pensamiento propio que subyace en todo el relato y que liquida la creencia de que solo se trata de una sucesión de imágenes vacías y absurdas.

"La muerte de unos es la vida de otros; y la vida de unos, la simple y mera vida que uno está viviendo, la vida rutinaria y aburrida y sin sentido, está tejiendo la muerte de algún otro genial y novelesco" Nos dice en una de las primeras partes del relato, siendo ésta la idea explícita que servirá como hilo conductor de toda la historia. Así entonces, a partir de la desintegración de un cuadro clásico y estático, se da vida a este otro relato, cuya principal característica es el movimiento.

Es ahí donde reside la genialidad de Aira y lo hace ser considerado uno de los autores más creativos y prolíficos de la literatura hispanoamericana actual, ya que al renunciar a la creación de grandes obras, escribe basado en un procedimiento propio, haciendo un quiebre que dejan al desnudo los mecanismos que cuentan bien una historia, desacralizando así, lo que esto significa dentro una poderosa tradición narrativa, como resulta ser la argentina.

De esta forma, la literatura de Aira, hace una parábola en la trayectoria de la creación literaria, que es lo que finalmente marca un hito y crea un nuevo espacio habitable para las generaciones venideras.

Constanza Ramírez

RÚBRICA

Gonzalo Díaz,
Matucana 100, Santiago de Chile 2003

Incluye "Jack Ruby" de Eugenio Dittborn y "La materia está hecha de recuerdos" de Pablo Oyarzún

"Cualquier día, cualquier hora, en cualquier lugar, nos vemos tú y yo, para hablar de amor", así cantaba María Marta Serra Lima en los estelares de la televisión chilena hace unos veinte años. Esa misma musiquilla sonó de manera ininterrumpida en Matucana 100 durante 240 horas (entre el 3 y el 13 de octubre de 2003) en un galpón enrojecido por un precario tendido eléctrico, en cuyas paredes las luces del neón exhibían catorce letanías *(el neón es amnesia / el neón es desmayo / el neón es marasmo / el neón es latido / el neón es blasfema / el neón es jadeo / el neón es secreto / el neón es desdicha / el neón es zozobra / el neón es quebranto / el neón es plegaria / el neón es demencia / el neón es infarto / el neón es delirio)* que no permiten olvidar uno de los aniversarios más mediáticos de los dos últimos dos siglos en Chile: 11 de septiembre de 1973.

Acústica y visualmente saturado (María Marta canta interrumpida por ondas de la amplitud modulada), el espacio en el que Gonzalo Díaz (Premio Nacional de Arte 2002) reordenó la memoria -personal y colectiva- enfrenta una serie de lenguajes comunes, ya utilizados para un recuerdo que se había transformado en un ejercicio marketero y blando gracias a las concesiones y una serie de sentimentalismos que permitían llorar por la sangre derramada con la misma intensidad del olvido y la rapidez de los hawker hunter treinta años antes.

En este espacio imaginario Rúbrica - la instalación- se ocupó de señalar y encarnar lo que esos mismos sentidos saturados podrían haber invisibilizado. Atendiendo a su propio nombre tanto en el color como en el signo, en el galpón de Matucana se repitieron rituales con la insistencia de un recurso menmotécnico, ya utilizado por Díaz un par de años antes, cuando el objeto no eran las letras para el vía crucis laicizado, sino el monocorde sonsonete de un Abiamel Guzmán detenido. Ambos rituales hablaban de una historia perversa pero también de lo circense de esa memoria y de su institucionalización, la del discurso y también del edificio de rigor -antes de Matucana fue el frontis de la Casa Central de la Universidad de Chile y luego del Museo de Bellas Artes-. Estos elementos se desdoblan y permanecen en el catálogo. El soporte teórico lo firma Pablo Oyarzún y el texto inaugural Eugenio Dittborn quienes, pese a lo que la tradición dictaminaría, logran no intelectualizar del todo el acto de Díaz, tal vez porque ellos también hablan desde el recuerdo y de aquello que incluso resulta absurdo repetir más allá de la conciencia. Vuelven sin embargo sobre el segundo nivel institucional de toda la obra de Díaz. Un lugar impertérrito donde la tradición artística chilena pasa por un par de escuelas fundadas al calor del color, la abstracción, la forma y la pintura. Contra y con ésta, Díaz se instala él mismo como una tradición, tendencia única sobre una capacidad en la que tal vez sólo quien él llama su 'amigo del alma' (Couve) le había antecedido.

Francisca Lange Valdés

ENTREVISTA A BRUNO VIDAL

Por José Maximiliano Díaz

¿Cómo escribe Ud.?

Escribo a merced del capricho católico, apostólico y romano, siempre con el ajuar de la Virgen María en el camarín de los beatos ungidos por el orden temporal; por cierto, escribo con el lápiz labial de la María Magdalena y no me vengan con el cuento de que soy cara en la práctica de los redentores sociales.

¿Qué lo motivó a escribir *Libro de Guardia*?

La necesidad imperiosa de salvar la integridad moral de los escuadrones de la muerte y poner en el tapete la cuestión de los batallones olvidados. ¿Sabía Ud. que los viejos suboficiales que salvaron a Chile de tanta calamidad se han visto obligados a calumniar a sus superiores?; nos damos el lujo de joderles la cachimba, de no asistirlos con una pensión digna, al menos mi poesía se pone con algo de delicadeza:

¡Compadritos, Viva Chile!

¿Cómo definiría su poesía?

Como una fulana que encara al jefe de los prelados con la interrogación severa de quien se sabe purísima:

¿Qué haces aquí, hijo de puta?

¿Que pretende su poesía?

Poner al lector en apuros, descolocarlo, desmontarle la cotidianeidad con el factor sorpresa, no me interesa amenizarle su situación personal, me propongo convidarlo a las barricadas de un partido transgresor y revolucionario. Mi poesía es una toma de conciencia y un enfrentamiento armado con el orden establecido. Mi poesía es movilización de masas, mi poesía es arte comprometido. Mi poesía es huelga general. Mi poesía es mitín callejero. Mi poesía es un arma de servicio en la lucha de clases que palpita en el Gran Santiago.

¿Qué espera su poesía?

Espera que su padre la asista espiritualmente en el suplicio. Espera que su madre le lave los calzoncillos en la artesa proletaria. Espera que los bolcheviques canten la Canción Nacional en su velorio y en su funeral. Espera que los pacos le saquen la cresta a los que van a enterrarla al Cementerio General. Espera que mi epitafio sea leído por millones de personas en deuda de gratitud:

¡El pueblo unido jamás será vencido!

¿Quién lo ha influido en la manera de decir las cosas?

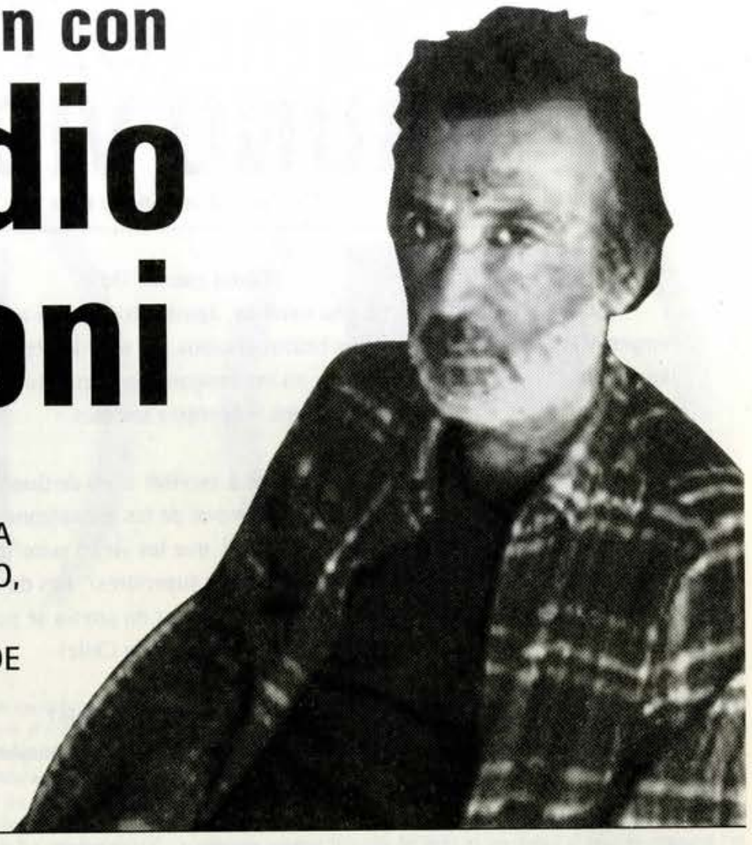
Hay influencias francesas muy veladas y consistentes: Mallarmé y Bresson. Hay influjos criollos y muy subliminales: Armando Méndez Carrasco y Carlos Droguett. Estos maestros me dieron confianza y atmósfera espiritual; suficiente acicate en la soltura corporal de un estilo que se ha hecho hombre.

¿Ha pensado que lo pueden acribillar en plena vía pública?

Es una posibilidad bastante real, forma parte del cuento, hay poetas que somos odiados a muerte. Lo único que pediría a los cabrones es que permitiesen que mis restos fueran a parar a las fosas comunes de Pisagua. Me dejaría la conciencia tranquila, me haría la idea de haber sido en vida un bolchevique lleno de ideales, quimeras e ilusiones. Si dijesen que no tuve dios ni ley, sería insoportable, por mí mismo resucitaría y daría la pelea por mi cristiana sepultura.

Ic

Conversación con Claudio Bertoni



"...SE ME PRODUJO UNA EXACERBACIÓN DE LA SENSIBILIDAD DE NUESTRA PRECARIEDAD, Y ESTE LIBRO, SOBRETODO EL ÚLTIMO CAPITULO, SALIÓ DE AHÍ, DE ESA CONCIENCIA"

Por Vicente Undurraga
15 de junio 2004

Nos juntamos un martes, en Nuñoa, en su departamento. Transcribo aqui una pequeña parte de la que fue una larga conversación, más que progresiva fué circular. Hablamos de su obra; de su vida y su obra, porque Bertoni es un poeta confesional; hablamos de sus temas, de sus gustos, de los viejos con suerte para pagar enfermeras, de la enfermedad, de las mujeres, de los culos, de Bolaño, de música, del humor y todo eso. Trataré de llevar mis intervenciones a su mínima expresión e intentaré ser lo más fiel posible al habla de Bertoni, que cita a los latinos, a Cioran, mete chuchada duro y parejo, va y vuelve sobre uno y otro tema y establece curiosísimas relaciones entre estos. Todo a pito de "escopeta", y a pito de la reciente aparición de *HARAKIRI*, su último libro (Editorial Cuarto Propio, 2004)

V. U. La primera pregunta es la típica, pero te la hago por hacértela; ¿cuál es tu relación con la poesía chilena?, considerando por ejemplo que tu libro *NI YO* debe su titulo a una "respuesta" que das a un verso de Lihn (no sé que mierda estoy haciendo) y que además en todos tus libros, explícita o implícitamente, aparecen referencias a los poetas chilenos: ¿los lees, te interesan, cuáles en particular, y poetas jóvenes, has leído, ah?

C. B. Mira, de poetas bien jóvenes cacho poco. Ahora lo de la referencia de Lihn es más bien casual. Pero sí: Lihn me gusta, Rodrigo Lira... bueno Rodrigo Lira de mi generación yo creo que es el poeta que más me gusta y hay otros más jóvenes, no te voy a decir nombres, pero que están escribiendo huevas muy buenas, pero no los he leído mucho: sobretodo en las librerias los leo y por ejemplo, el otro dia hojeé esta antología *Desencanto General* y prácticamente no encontré nada malo, son gallos super buenos. Pero, la verdad, no los he leído mucho.

Oye, leí por ahí que ya no escribes sino que grabas y luego –no siempre –lo transcribes.

Si, eso desde hace mucho tiempo, más de diez años. Una vez compré una grabadora porque conocía a un huevón que era sumamente ingenioso y yo lo escuchaba hablar y de repente empecé a escucharlo más atento y todo lo que me hablaba me lo empecé a imaginar en líneas puestas en un libro y me di cuenta que el huevón era tan perfecto que lo podíai dejar hablar dos horas y teniai una novela de 500 páginas. Asi que fui y compré la grabadora y lo grabé y en realidad tiene una locución el descueve; él tiene un maestro chino de taekwondo(¿?) y me contó unas historias increíbles y me confesó que un tiempo vivió pintándole la guata a las putas porque estudió pintura y les escondia cómo las cicatrices. Y dormia debajo de una escalera el huevón y me contó unas historias súper buenas y la compré (la grabadora) para eso, pero de repente llegué a la casa y a mí se me ocurrió algo y me grabé y de ahí, huevón, para mi cambió mucho la película, en parte porque yo escribo mucho como hablo y la velocidad del pensamiento huevón es mucho más rápida que la de la mano y es mucho más rápida que la de la lengua también, pero la lengua es mucho más rápida que la mano, y así que mi obra se ha multiplicado posiblemente casi infinitamente más ahora con la grabadora que lo que hacia antes a mano. Tengo todos los cuadernos desde los años sesenta y además toda una pila gigante de casets que ni he oído. Pienso postular a algo para poder transcribir por lo menos una cantidad equis huevón de poemas (tipo Fondart, dice), porque aparte que soy el único que conoce y entiende estas grabaciones, yo sé donde cortarlos, cuales poner, etc., y ponte que un día me muero y cagaron los poemas.

También sé que eres fotógrafo y, sobretodo, oidor de música, de jazz en especial.

Si claro, para mí la música vino primero que todo. Para mí la música empieza a los 14 años con el descubrimiento del jazz, y así el jazz tradicional primero y después el moderno, y la demás música, y es de hecho la música lo que me gusta más; sin duda me gusta más que la poesía y me conmueve mucho más que la poesía. Y yo creo que a todo el mundo. Yo con un poema nunca-creo-que-he-llorado. Yo creo que hay mucha más gente que ha llorado más entrecomillas escuchando música que oyendo un poema.

¿Y estas "facetas" de fotógrafo y de oidor de tanta música tú crees que influyen en tu escritura; cómo?

Mira desde un punto de vista conceptual o planeado no; ahora sin duda me tiene que influir, porque las cosas se entremezclan porque soy la misma persona que toma las fotografías escribe los poemas y escucha la música. Ahora si uno se va a mirar mis poemas hay muchos que son muy musicales, como suenan las palabras, hay huevas súper complejas y análisis etcétera, pero en realidad los poemas son palabras ordenadas en una página y las ordenai bien y el poema es bueno y las ordenai mal huevón y no es nada tan bueno. Entonces sí, hay yo creo que una relación en lo que tú dices; y también si miraras mi fotografía y vieras mi poesía hay de hecho... bueno hay cosas obvias como la presencia del sexo femenino, y el Eros y el cuerpo de la mujer están súper presente en los dos, por ejemplo. Yo saco muchas fotos en la calle, hace años, y no se trata de sacar una buena foto; se trata de que las huevonas queden dentro del rectángulo, el cómo queden no es exacto, por eso tengo muchas fotos cómicas y tengo una serie que se llama "casi", porque son puras mujeres cortadas, puro cuello o puro pelo, que salen "casi" enteras. Y eso porque las saco escondidas, con la cámara a la altura de la cintura y muchas veces no le achuntó.

Pero aparte de la temática, hay dos cosas, una la que tú dices de la música y la cosa sonora y la otra es lo fotográfico, porque hay poemas tuyos que son unas fotos.

Es verdad eso, si. Eso me lo han dicho, me lo han dicho amigos, por ejemplo, y yo les encuentro razón.

Por ejemplo el poema empuñadura: Despierto con el pico parado. / Es como la empuñadura de una espada/ Hundida en mí.
Claro, claro, es fuerte esa imagen huevón, y tan verdadera. Claro, en ese sentido hay también una relación entre el fotógrafo y el poeta, pero no es parte de un plan.

Oye Claudio ¿y esto que me decías antes de tu vida, esa que llevas allá en Con Con, solitario y alejado sobretodo del ambiente literario (sé que no vas ni al lanzamiento de tus libros) es para poder seguir escribiendo cómo y lo que quieras, insobornablemente como decía por ahí un crítico?

Mira eso yo creo que no cabe duda que es así como decís tú, pero la razón porque yo lo hice no es por eso, y eso digamos es una consecuencia buena de esta opción, pero yo llevo la vida que llevo huevón porque si a la gente le agrada ponte tú hacer lanzamientos y andar por ahí, yo tengo el mismo placer pero al revés, o sea a mi no me agrada, entonces tengo el derecho a no hacerlo también, porque a mi me gusta estar solo, me agrada la soledad, y porque yo no sirvo para andar en eso, porque las huevadas me afectan, y yo miro un poco de lejos y cacho un poco, y claro conozco personas si puta ya voy a cumplir sesenta años, y cacho que pasan huevadas, pero yo no entro ni salgo; ahora no voy a decir que hay que vivir así o asá, no, pero para mí estar metido en el medio no es algo que me alimente y he escuchado demasiadas huevadas. Uno es demasiado permeable y cualquier pequeña mala onda me afecta mucho. Y no quiero correr ese riesgo, prefiero vivir relegado. Es mi ritmo. Y en honor de qué me voy a quedar acá; si hubiera un millón de dólares, por supuesto, ahí me quedo, porque después me hago una republica personal con una bandera sola en el Cajón del Maipo de 15000 Km2 y no salgo nunca más. Y tampoco es que esté absolutamente solo.

EN LA MITAD DEL CAMINO DE LA VIDA

¿No crees que pueda ser momento ya de hacer una antología de tu poesía?

Me lo han dicho varias personas, y pienso que sería bueno, que debería hacerlo; que lo haga alguien y yo tengo, eso sí, la última palabra. Porque hay poemas que yo creo que tienen que estar, pero es también buena la distancia para seleccionar, otra mirada. Y hay un par de ofertas, harto buenas, pero dejémoslo ahí, no las pongas en la revista. La idea sería, eso sí, que tenga más difusión y un precio asequible. Siete lucas a todo cagar.

Vamos a Harakiri. A pesar que sigue siendo la misma mano, la misma voz, hay un contraste fuerte con la temática de tus anteriores libros, en especial con JÓVENES BUENAS MOZAS y DE VEZ EN CUANDO.

Sí, de hecho JÓVENES BUENAS MOZAS era un capitulo de esto, pero era mucho y justamente para hacer un poco el equilibro, porque éste (Harakiri) era pura enfermedad y muerte: dije, no puede ser, puta huevón un poco de vida. Pero al final salieron separados.

Y en este libro aparece, casi exclusivamente, el desamparo, la decepción, la enfermedad y el suicidio, la muerte; atrás han quedado temas como el (no)trabajo, los culos, etc.; de este cambio –o más bien de ésta radicalización de una de tus antiguas temáticas–, hablemos de él, de esta "nueva mano".

Sí, sí, es sobretodo la muerte. Es por experiencias que tuve, llamémosle crisis de pánico para entendernos, crisis, eso sí, prolongadísimas (4 o 5 años) y comencé a tomar medicamentos, yo que con cueva tomaba una aspirina. Se me produjo una exacerbación de la sensibilidad de nuestra precariedad, y este libro, sobretodo el último capitulo, salió de ahi, de esa conciencia. Y por otra parte es una huevada súper simple: si yo viviera en un país como Cuba... te estoy hablando de la medicina social... pero aquí que no tenís un peso y si te pasa algo, la poca plata que tenis se te acaba en una semana o me tengo que tragar la plata de mi familia, es terrible, huevón. Y eso es el libro, Eros y Tánatos, un clásico, enfermedad, muerte y masturbación, todavía estamos vivos. A mí me preocupa sobretodo el dolor; hay algo donde Epicuro dice que no hay que preocuparse de la muerte, para qué se preocupan, dice, si cuando la muerte es, uno no es, y cuando uno es, la muerte no es. Y es cierto. Ese es el problema de nosotros, que no tienen los perros: no saben que se van a morir, ni los gatos ni los piojos. Nosotros sí, y entonces la sombra que eso arroja sobre nosotros... es complicado. "Depende" es la palabra crucial: hay gente más y menos sensible a esto, que hacen que tenga más o menos presencia en ti. Hay de hecho un poema en HARAKIRI que dice que lo único que a uno lo mantiene funcionando es que estai inconsciente de la cantidad de brutalidades que te pueden pasar, entonces cuando tu estai muy conciente, durante mucho tiempo, de todo ese abanico de desgracias sicológicas y fisiológicas que te pueden pasar tenís que salirte, o cagai.

Pero en esto –y por esto– aparece el humor; en HARAKIRI está clarito: salvando, como sacándole el piso a tanta complicación, "distendiendo" la cosa.

Claro, el humor es la flexibilidad en la vida. Yo obviamente tengo humor, mis libros están llenos de huevadas divertidas, yo tengo humor. Sin él las cosas se quebrarían mucho antes. Eso, sin humor no hay la flexibilidad. Cuando murió Lao Tsé llamó a un discipulo y le dijo: "mira dentro de mi boca y dime que ves", y el discipulo contestó: "maestro, no le queda ni un solo diente y su lengua todavía se mueve", y Lao Tsé le dijo: "con eso has nombrado todo lo que te pude enseñar", y murió.

Y hay en HARAKIRI, como en los otros, un dialogo con distintos pensadores y autores, pero aquí, a diferencia de tus otros libros, hay una especie de desencantamiento con la inteligencia, con los mismos pensadores... ¿Es por la mayor conciencia de la muerte?

Puede ser por el tema...el fondo del asunto es que existe el dolor –por eso no hay Dios– y lo único que podís hacer es cruzar los dedos para no tener mala cueva, porque de eso se trata: de tener mala o buena cueva, es una situación terrible, como le ocurrió al Bolaño... o sea tu te vai ahora y me viene un aneurisma, me desmayo, quedo con diarrea y llega mi familia en tres dias más y yo estoy muerto, estoy ya hediondo, una semana, no sé, si no me hallan antes. Y eso es casi una bolita de dulce

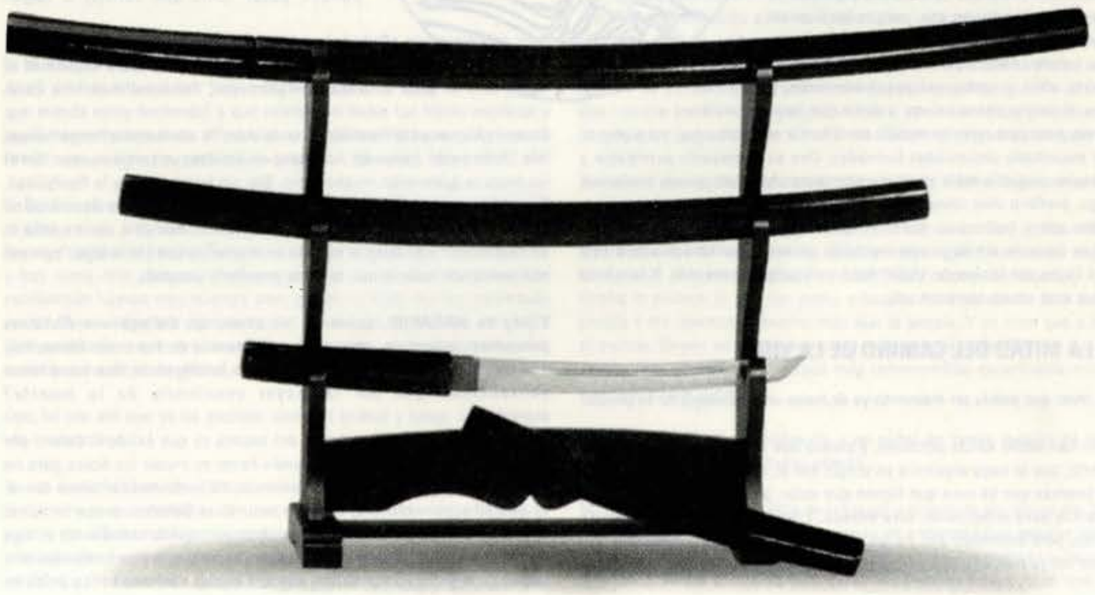
ante las otras cosas que pueden pasarte. Entonces yo creo que ese es el tono del libro, ese es el asunto, que está el dolor, la enfermedad, la muerte y que es una arbitrariedad y que como dice Cioran esta huevada no la hizo un dios bueno sino un demiurgo además de malo medio rasca. Y si, hay un desencantamiento, y no sólo intelectual, sino, por ejemplo, con el trato que nuestra civilización tiene entre si; yo creo que es escandalosamente malo; ponte tú no hay ritos valederos, la muerte... el único lugar que tiene la muerte es arrancar, nadie quiere oír hablar de esa huevada, es cosa de ver los Parques del Recuerdo, son para ir a hacer picnic las huevas, no tenís que pensar que enterraste: lo entarrai y salís como un cohete arrancando, esas no son maneras de enfrentar la muerte, si al cabo es la única cosa segura que tenís recién salido de las piernas de tu mamá: que te vai a caer en dos segundos o ochenta años, con raja, y te pasai toda la vida arrancando, no puede ser. Hay un dicho que dice "el que huye de la muerte la persigue", y es cierto. Y no sé si hay algo después o si no hay ni una maldita huevada y somos hombres en vez de escobas o jugueras por pura cueva y sálvese quien pueda, entonces la situación es difícil pasadita para absolutamente intolerable. Y hay que estar sano. Y hoy en día se excluye la muerte, un escándalo, y nadie la habla y uno es un cagador de onda, "¿qué te pasa huevón, qué estai hablando esa huevada?" y no se trata de masoquismo, es sólo tener a la muerte al lado y templarse, y es la única manera de poder hacer algo, de que la vida sea más fértil o no andís cagado de susto viviendo todo el tiempo, porque la vida es una cuestión tan asombrosa, tener conciencia... Ahora claro es un parpadeo, pero mientras el parpadeo dure está el dolor, y hay millones y millones no de estrellas, de galaxias. Hasta un huevón relativamente tonto se da cuenta que hay un problema, de ahí el desengaño.

Y a propósito oye, los personajes que aparecen en tus libros, los muertos, Teillier, el mismo Bertoni aparece "epitafiado", Lira, Bolaño... tú le escribiste un poema a Bolaño antes que se muriera y otro in memoriam, y me lo mencionabas recién a propósito de la enfermedad, ¿qué relación tienes con su obra, qué te parece, etc.?

Si, a mi la muerte de Bolaño se me atravesó de una manera increíble... yo lo ubiqué hace muchos años, por medio de Lihn, en un encuentro que él rememora en un cuento de "Putas Asesinas", una lectura de poesía que hubo en el Instituto Chileno Norteamericano, con Rodrigo Lira que ya estaba muerto (había un video de él), no sé cuanto Muñoz, Maquieira, y Roberto Bolaño. Bolaño tenía entonces correspondencia con Lihn, y se leyó ahí un poema de Bolaño, y ahí lo conocí por primera vez, como poeta y me gusto súper harto lo que leyó. Y pasaron los años y empezaron a llegar los libros Anagrama, y se hizo famoso, y ganó los premios. Y a mi claro me impresionó favorablemente cuando el huevón dejo la zorra e hizo pedazos a todos los candidatos al premio nacional y dijo que se lo daría a Uribe o a Maquieira o a Bertoni, y yo dije puta huevón, que rico poh. O sea esto es tener un lector excelente desde todo punto de vista, y lo que pasa es que el huevón se los culiaba a todos, porque tenía el piso para hacerlo. Además hay varias cosas de su biografía, de su soledad que a mi me hacen mucho sentido: cómo se fue, de la manera que vivió, aparte de ser el excelente escritor que es, y me gustaba que era un tipo poco complaciente. Y la lata de no haberlo conocido, porque él le pidió a un amigo en común que le llevara el libro JÓVENES BUENAS MOZAS y bueno pasaron dos meses y se murió, pero antes supe de un mail que le mandó a este amigo común donde me mandaba un abrazo y me saludaba por el libro y eso, y yo recibo la huevada y a la semana y media se muere el huevón, entonces lo tengo aquí (señala su garganta), además todo lo que podría haber conversado con él; él conocía a una serie de poetas norteamericanos no traducidos al castellano que para mi han significado mucho, si el huevón se lo leía todo. Y me gusta que personas como él lleguen a tener poder, lo que es raro, y hace que sea más lamentable para la literatura chilena que haya muerto, porque él como que abrió la ventana y entro un chiflón de aire y a mi me parece súper sano, porque el era un outsider que venía a ocupar una tribuna acostumbrada a huevones meramente poderosos. Y lamentable desde el punto de vista egoísta porque al huevón le gustaban mis cosas y me habría servido entrecomillas mucho, y sobretodo para los gallos jóvenes, porque él iba empezando a subir, imagínate todo lo que venía. Y él llego ahí no por otra cosa que su obra solidísima, porque era un talento en otra, y yo creo que es lejos "nuestro narrador", y no de ahora sino de siempre, lo que pasa es que no lo dicen porque es muy reciente todavía pero espérate un rato. Y por el humor. Y un montón de cosas que no necesitan ser dichas, que son tácitas y son compartidas, experiencias, miradas. Una perdida enorme, en fin.

Oye Claudio y para terminar, a propósito de la renuncia a tus derechos de autor para bajarle el precio a HARAKIRI, tú decías que era porque te leían sobretodo jóvenes; ¿de dónde te viene esa impresión? ¿Y qué piensas al respecto?

Si, claro. Bueno mira lo más rico sería ser millonario en dólares como la Isabel Allende con sus libros, pero la otra parte agradable es que, desde hace unos años, me detiene gente en la calle, sobretodo jóvenes, de los 18 a los 35, y de hecho de ahí han salido relaciones personales mías. O gente que me para en el metro, y me llaman, muy agradablemente, y un júnior, ponte tú. y yo le decía de dónde chucha sacaste tú mis libros... Y eso es más importante, es como un diálogo real, necesario, lo más natural es esta necesidad gregaria, y yo lo sé, yo le escribía a Henry Miller, a Cortázar, o sea el deseo gregario esencial del ser humano. Y muy importante, y los jóvenes no son huevones a los que les han dicho que yo soy Bertoni y y esto y lo otro, no, me han leído y punto, entonces es algo súper natural y real y espontáneo y agradable. Pero también hay huevones más viejos, claro, que me leen. Y ese encuentro me gusta mucho y el precio del libro era inaccesible (ahora cuesta nueve lucas).



LA GOTERA

Suplemento creación literaria

El Espejo de los Cainitas

Por Carlos Cuevas

Los gritos se escuchaban claramente a pesar del elevado volumen de la música. Hasta entonces había evitado inmiscuirme, pero me pareció que las cosas se estaban saliendo de control y decidí intervenir. Un fuerte olor a orina y excretas me llegó en cuanto crucé la puerta. Frente a mí, Gabriel intentaba doblegar al adolescente, quien realizaba un último e inútil esfuerzo por huir. El largo abrigo de Gabriel se sacudía en el aire de manera frenética y rodeaba el enjuto cuerpo del joven que se debatía desesperado. Mientras giraban en medio del baño, mis ojos percibieron fugazmente el espejo dispuesto en el muro a mi izquierda y lo evitaron de manera instintiva. El ruido de su lucha era acompañado por el agua corriendo en el urinario, mientras la humedad del ambiente socavaba silenciosamente la superficie de las murallas. Gabriel, cuyo descontrolado rostro revelaba abiertamente su verdadera naturaleza, estaba tan excitado que pareció no notar mi presencia. Aprovechando un momento en que los pies del pequeño adolescente resbalaron en el suelo cubierto de agua, lo cogió como si se tratara de un títere y lo arrastró a la fuerza hasta el interior de uno de los retretes. Me hubiese gustado quedarme a vigilar, pero me fue imposible dejar de pensar en el espejo a mis espaldas, lo que de alguna manera me empujó a salir de allí.

– ¿Qué mierda está pasando ahí dentro, Miguel? –me preguntó Rafael–. Se va a enterar todo el local.
– Ya pronto habrá terminado –dije yo–, no te preocupes.
– Cada día está más descuidado –dijo Rafael–. Se está empezando a correr el rumor.

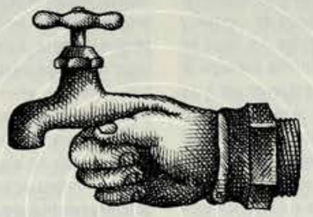
Tenía razón, se estaba corriendo el rumor. Era algo conocido por todos la indiscreta conducta de Gabriel. Quise hablarle aquella noche por lo que, a pesar del frío, caminé con él hasta su departamento. Fue inútil. No pude lograr que me escuchara. Aún estaba demasiado eufórico por el adolescente del baño. Me relataba hasta el más mínimo detalle, gesticulando con las manos mientras el vapor escapaba cuantioso por su boca. No cesaba de hablar de la suavidad de su piel y de lo tierno que había resultado una vez que pudo someterlo. Este era un rasgo de Gabriel que llamó mi atención desde el día que le conocí: su afición por los jóvenes. A la mayoría de los cainitas esto resultaba extraño. En la medida en que podemos obtener lo que queremos de los demás, el sexo y la edad no tienen mayor relevancia. Gabriel era diferente, no dejaba de pensar en niños y adolescentes. Nuestra amistad se inició a los pocos días de mi llegada a la ciudad, diez años atrás, en un pequeño bar cercano a su departamento. En cuanto lo vi supe que Gabriel no era como el resto de nosotros. Su ansiedad era distinta, más intensa y descontrolada. Recuerdo que fue él quien me introdujo a los demás. Solían reunirse en el Kharadras, un centro nocturno, cuyo propietario era amigo suyo y que Gabriel procuró me invitara personalmente. Este gesto de su parte posibilitó mi ingreso al lugar de ahí en adelante.

Los primeros años resultaron ser los mejores. Rafael y yo gustábamos de platicar frente a la barra mientras los demás bailaban durante horas. Gabriel, entretanto, solía rondar en silencio en búsqueda de algún joven solitario a quien aproximarse. Era común encontrarlo de pie en un oscuro rincón, observando detenidamente a alguna potencial víctima, a la espera del momento adecuado para hacer su jugada. El Kharadras se había transformado en nuestro hogar. Era un lugar en donde podías sentirte seguro. Nos protegíamos los unos a los otros y nos manteníamos al tanto respecto a lo que se rumoreaba en las calles.

Sin embargo, no todo en el Kharadras era perfecto. El baño siempre estaba ahí, en nuestras mentes, como una presencia molesta que no podíamos desechar. Tuvimos que aprender a vivir con él, deambulando por el sector opuesto, más cercano a la barra y la pista de baile. La silenciosa superficie de sus espejos parecía gritarnos desde lejos. Era una especie de guerra silenciosa entre dos fuerzas opuestas. El baño y sus sucios reflejos por una parte, los cainitas y su incontrolable ansiedad por otra. Solo Gabriel parecía sentirse cómodo en él. Se había transformado en una especie de territorio propio que nadie más se habría atrevido a reclamar. Había terminado acostumbrándome a ir a buscarlo allí cada vez que necesitaba hablar con él. Lo esperaba por las cercanías, observando con atención hacia la oscuridad, aguardando a que él me viera y se acercara, o a vislumbrar su figura en medio de las sombras para gritar su nombre. Solo en una ocasión tocamos el tema. Gabriel estaba bastante animado aquella noche. Había conseguido llevarse a su departamento a un niño, de no más de doce años, que vendía flores en la calle. Me describió de manera meticulosa cada detalle del encuentro, gesticulando con las manos y sonriendo todo el tiempo. Su afición por los pequeños era algo que podía llegar a comprender, pero su arraigo en aquel lugar, plagado de artefactos pestilentes y oxidados, era algo que escapaba a mi entendimiento. Su respuesta me permitió conocer una parte suya que hasta ese momento desconocía por completo. Gabriel se había puesto de acuerdo con los guardias, los que eran todos amigos suyos. Éstos le avisaban el momento adecuado para llevar a los adolescentes al baño. Una vez allí, les mostraba el antiguo espejo. En especial disfrutaba de ver sus rostros sorprendidos cuando observaban la imagen reflejada en su sucia superficie. Era entonces cuando los cogía y comenzaba todo. Se había transformado en una especie de rito que repetía hasta la infinidad.

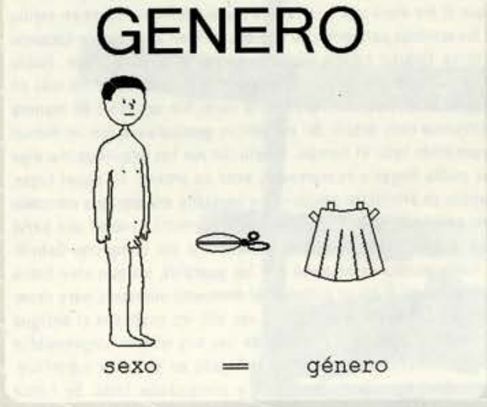
Al escucharle hablar de ello comprendí que eso no podía durar por siempre. Los cainitas no podían permitir a uno de los suyos llamar la atención de esa manera. Tarde o temprano enviarían a alguien.
La noche en que Ariel arribó a la ciudad comprendí de inmediato que Gabriel había sido señalado. La lluvia caía sobre el pavimento y formaba pozas en los sectores donde el terreno era más bajo. El poste de luz frente al edificio donde Gabriel residía, emitía una luz irregular, mientras las gotas chocaban contra la superficie de la lámpara, la que producía un extraño ruido que delataba su mal funcionamiento. Rafael y yo nos resguardábamos de la lluvia, bajo el discreto techo que poseía el edificio frente al lobby de la entrada. Compartíamos un cigarro observando el agua caer sobre la calle desierta. Permanecíamos en silencio. Estábamos intranquilos, descontentos por la suerte de nuestro amigo. Me hubiese gustado hacer algo para ayudarlo, pero los cainitas habían tomado una decisión y cualquier intento de desobediencia por mi parte me habría acarreado similar destino.
Ariel llegó conduciendo un antiguo corvette de color negro. Supe que se trataba de él, a pesar de los vidrios polarizados que cubrían las ventanas. Una desagradable sensación en mi estómago así me lo revelaba. Cuando descendió del automóvil pude ver que no había cambiado nada en todo este tiempo. Sus largos cabellos negros caían sobre sus hombros, cubriendo parcialmente su pálido rostro. Sus duras facciones daban a su semblante una expresión severa, que exponía claramente su carácter cáustico. Vestía de negro, con un largo abrigo de cuero que le protegía de la lluvia. Se dirigió hacia donde estábamos sin mayor preámbulo.
– ¿Dónde está, Miguel? –me preguntó.
– Arriba –dije yo–, su departamento es el último.
– ¿Alguien le acompaña? –preguntó Ariel.
– Está con un niño que levantó de la calle –dijo Rafael.
– Muy bien –dijo Ariel–, esperen acá. Si no regreso ya saben que hacer.

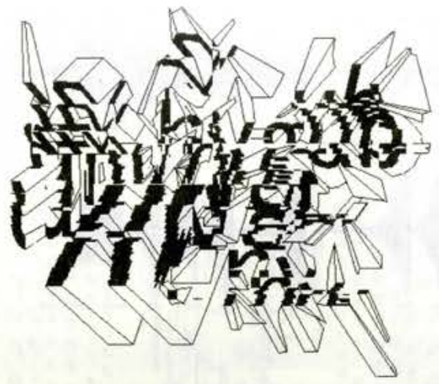
Sabíamos que hacer, lo cual no lo hacía más fácil. En cuanto Ariel ingresó al edificio me volteé para no verlo y me acerqué al automóvil estacionado. Me quedé mirando fijamente aquellos vidrios polarizados y sin poder evitarlo comencé a llorar. Lloré por mi amigo a quien nunca más vería, por mi temor a sufrir su misma suerte y por mi vergüenza de no estar a su lado. Demoré algunos instantes en comprender que en realidad lloraba únicamente por mí. Mi reflejo ausente en la ventana era una realidad patente, que acentuaba aún más la envidia que sentía hacia mi amigo. Gabriel había tenido el valor suficiente para desligarse de las noches en el Kharadras. Nunca más padecería la ansiedad que causa la carestía de sangre, nunca más sufriría el tedio que conlleva el paso del tiempo, nunca más se descubriría soñando con días asoleados, nunca más sentiría temor al no ver su reflejo en un espejo.
No puedo recordar que fue lo que hice después. Creo que me sequé las lágrimas, no estoy muy seguro de ello. **Fo**



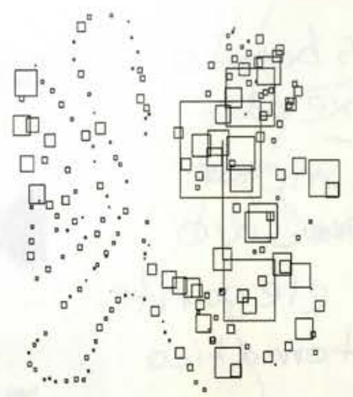
POEMAS VISUALES

Por Fernando Mora



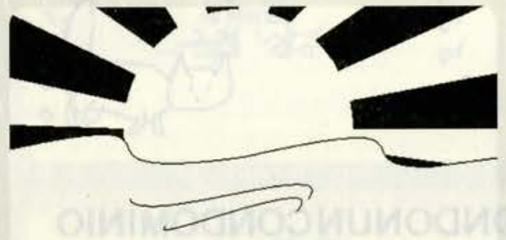


d·f·k·h·y·g·u·b



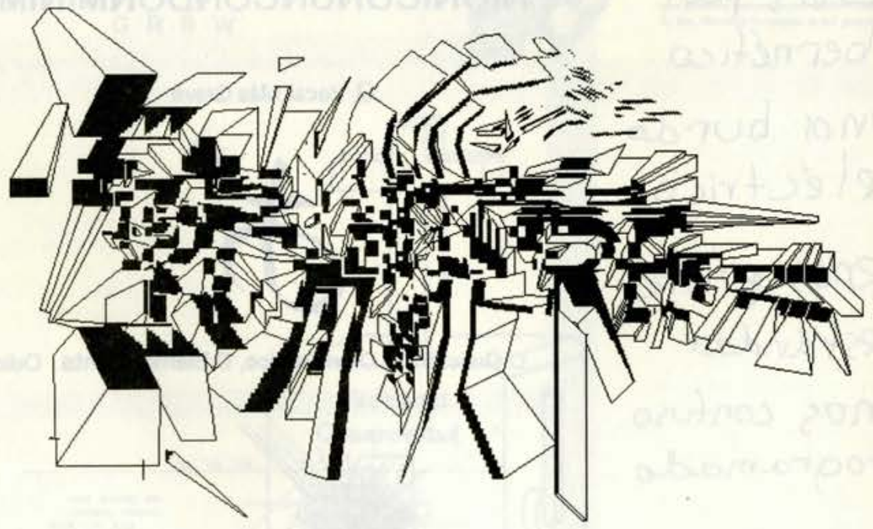
GE
NE
RO
II

bien distintos todos juntos



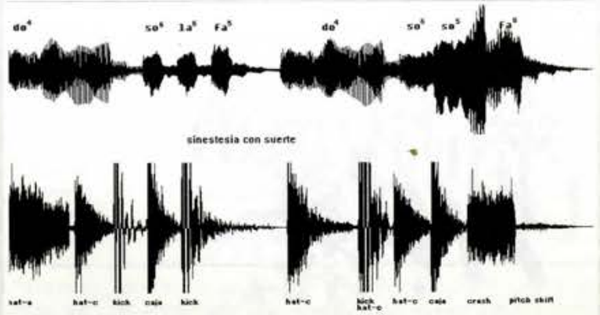
esperan desesperados
hartos de esperar
quieren su reino ¡su reino!
al otro lado del mar

neonacionalsocialismo
neoliberalismo
neologismo
renovado



K·T·H·J·L·R·E

más bonito
pixelado
más mejor
masivo
más elegante
automático
más eficaz
logico
más lógico
binario
más lindo
digital
menos feo
virtual
menos peor
cibernético
menos burdo
eléctrico
menos pobre
estándar
menos confuso
programado
menos triste
conectado



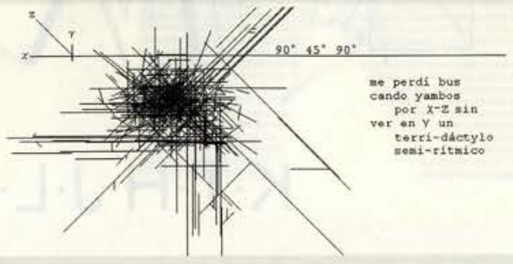
hay g▬▬▬▬to. no hay tinta, hay pixeles. no hay gatos.
hay letra. no hay t▬▬▬▬nta, hay pixeles. hay palabras.
hay lín▬▬▬▬a. no hay tinta, hay pixeles. no hay dibujo.
hay forma. no hay tinta, hay pixeles. hay p▬▬▬▬ema.
hay tiempo, no hay e▬▬▬▬spacio, hay autor, no hay tu.

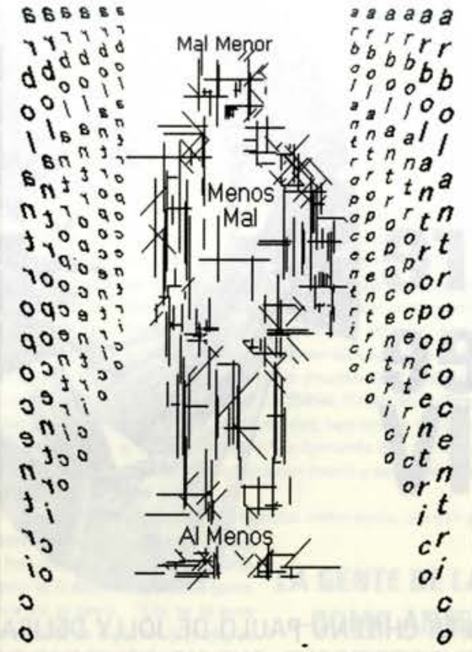
UNCONDONUNCONDOMINIO
MINIMOUNCONDOMINIOUNC
ONDONIMIOCONMINIMOUNC
ONDOMINIONIUNCONDONMI
ONOCUNDOMINIOINDIOCON
DOMINIONIUNMINICONDOMI
NIONICONUNCONDONMINIMO

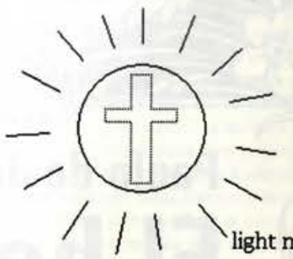
O Vocal Más Grave

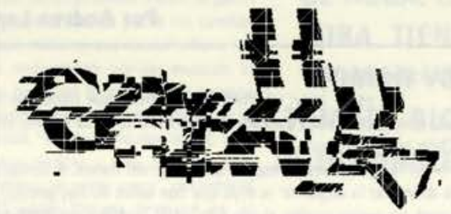
お

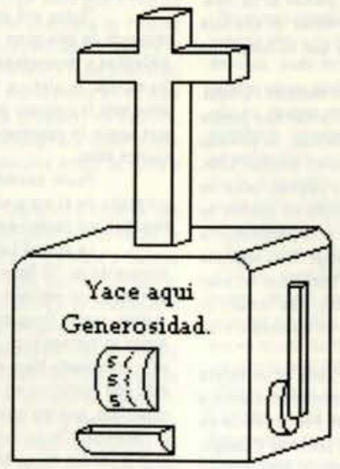
O Omicrón, O Omnicrónico, O Eterno, Canta, Odiosa











buena suerte y que en paz descanse

Paulo de Jolly:

El hombre que se cree Luis XIV

DESDE LOS AÑOS OCHENTA, EL POETA CHILENO PAULO DE JOLLY DELIRA CON LAS CORTES DEL REY SOL Y CON LA CLASE SOCIAL QUE NO CONSUME PAN NI COCA-COLA PORQUE ES DE ROTO. HOY, DESDE UNA CASA DE REPOSO, PIDE QUE LE REGRESEN A SU AMADA BIPOLAR. VIDA, LOCURA Y POESÍA: UN BATIDO DE HUEVO, VODKA Y TOMATE.

Por Andrea Lagos G.

El poeta chileno Paulo de Jolly sólo tiene en su cabeza las intrigas de la corte de Luis XIV. Sabe que el Rey sol hizo mamaderas con los senos de madame de Sevigne y que con una sola rienda domó súbditos, apiñados como potros en un ejército del 1600. Asi es su poesía. Domina cada detalle regio pues una obsesión compulsiva lo hizo tragar mamotretos, cartas, objetos, vistas, relatos, ficciones, rumores, besos y confesiones de una época y de una Francia en la que no nació.

Chile. 1978. adicto al Bloodymary hecho con vodka, huevo y jugo de tomate, de Jolly sólo hallaba en la historia local, sangre y no ketchup. Desesperado, su IMAGINACIÓN encontró la boca del túnel: viró los ojos, RETROCEDIÓ tres siglos y trocó la gorra ploma de Pinochet por una corona de piedras preciosas que inspiró sus versos y espacios en blanco. Esa "lucidez de la locura" agitó su calma sólo en tres pulsos de su vida. Hoy, bajo efecto de drogas psiquiátricas, no puede derramar ni una sola letra. Y como si esa tragedia no fuera ya negra, alega que su suegra no lo deja ver a su mujer desde hace seis años.

Las Condes. 1979. Encuentro de Arte Joven del instituto cultural. Lihn, Polhammer, Maquieira, Zurita, Lira y de Jolly inflaman con poesía la bota militar. "De Jolly parece un sujeto de Patria y Libertad. Su peinado a la gomina es quizás su disfraz", escribiria en esos años Enrique Lihn. Anguita, el de la Venus en el Pudridero, diria que sus poemas salen de sombreros, como Bretón, y que su espectro se desplaza en sueños de jirafas ARDIENTES y relojes derretidos, a lo Dalí. "Lo suyo es un divertimento de Mozart", señaló Eduardo Anguita, en 1982, en el prólogo de su segundo libro "Príncipes, duques y MARISCALES de Francia", texto que en esos años circuló por mano, en fotocopias, y que por estos días reedita el autor con crédito de la imprenta SCOUT y asombro de quienes creían a de Jolly bajo tierra, mudo.

Polhammer le saca polvo a esa tumba: "De Jolly es un esteta riguroso, fino, exquisito. Fue el primero en poner espacios en blanco y ritmo a IMÁGENES de otra época y lugar, preñadas de contingencia en esa àparente ausencia". Por su parte, Thomas Harris, el poeta de Cipango, lo recuerda de papel: "Apareció en las páginas centrales de *APSI*, vestido como Luis XIV, sus poemas me llegaron en hojas sueltas a Concepción desde España. Algunos pensaban que De jolly era un heterónimo de Maquieira, pero no. De Jolly era de Jolly. Único". Sergio Parra, de la librería Metales Pesados también lo declara original: "Andaba con el recorte de un diario francés –impreso por él- con su foto y un titular que decía "poeta chileno en París".

Eso es de Jolly: un inventor de reinos que hacen de anestesia para la historia terrible. Publicado en Puerto Rico, Suiza y París; comentado en Chile como un freak.

"Mi poesía es un espiral que surge del trance. A zurita, que viaja 'para disimular la angustia' le digo que con salud no hay poesía. Yo ahora que sané, no podría escribir ni una sola letra", justifica por teléfono de Jolly. "A su locura le pondría paréntesis igual como Maturana a la OBJETIVIDAD. ¿Dónde estará de Jolly?", pregunta Polhammer inquieto, con deseos de saber.

EL POETA DE LA CASA DE REPOSO

"Estoy acá por culpa de mi suegra que me quitó a mi señora", responde de jolly entre viejitos de chal en las rodillas, mientras toma té con galletitas y mermelada de mora, en una casa de reposo del barrio alto. Su esposa, la pintora FRANCISCA Droguett permanece desde hace seis años bajo la custodia de su madre, Elena Larraín, por un trastorno bipolar que según la guardiana le provocó la convivencia con de Jolly durante quince años.

Paulo quemaba guías de teléfono en el horno de la cocina, golpeaba en el ojo a su suegra y ensartaba naranjas en un palo cuando llegaban los carabineros.

La señora Larraín, fundadora de los "Amigos del Arte" y activa integrante de "El Poder Femenino" que agrupaba a cuarenta mil mujeres partidarias del régimen militar, hoy impide a de Jolly –y a cualquier extraño- hablar con la Droguett por supuesta prescripción médica y psiquiátrica. Ajeno al tratamiento de su MUJER, y convencido de que su presencia sólo le causaría bien, de Jolly espera y sueña cada noche de su vida que está con Francisca en un aeropuerto del mundo: "le digo que compraré cigarrillos, que me espere. Y cuando vuelvo, ella ya no está", suspira ante la PROHIBICIÓN de llamarla y verla a cambio de los doscientos mil pesos que la madre de su MUJER le paga a su tía para que él viva y la deje vivir en paz.

"Es cruel porque además de arrebatarme a la Francisca, me quitó los cuadros que mi señora había pintado, inspirada en VELÁSQUEZ y en la corte de Felipe IV de España".

De Jolly –que en el carnet de IDENTIDAD es tan sólo Jolly- jura que su suegra es una persona feroz. Una vecina de Pedro Valdivia Norte sostiene que los muebles de la casa de Avenida Santa María que pertenecían a Elena Larraín –casa en la que ahora venden sostenes y calzones Triumph- terminaron ALhAJANDO La Moneda de Pinochet luego de que un martillero las rematara al mejor postor. De Jolly describe que la cómoda imperio del príncipe de Murat, un MARISCAL de NAPOLEÓN, estuvo en una oficina de alfombra roja donde se urdían las CONSPIRACIONES en contra del "CÁNCER marxista". El mueble lo había comprado la señora Larraín, según el poeta, al francés residente en Chile, Timoleón de la Paine.

ROMEO DE JOLLY Y JULIETA DROGUETT

El drama del poeta en un principio fue cuento de hadas. En los años ochenta, Francisca Droguett y Paulo de Jolly asistieron, cada uno por su lado, a un baile que daba la familia Vicuña, emparentada con los Mackenna. Paulo se conducía bajo la tenue luz de las lámparas de lágrimas, luciendo frac y sonrisa, peinado a la gomina, bebiendo a sorbos un bloodymary con vodka stolichnaya. Francisca, esa noche estrenaba perfume. Amor a primera vista. Matrimonio en ceremonia privada por un luto de los Larraín. Mientras estaban juntos, la pareja paseaba por providencia, tomados del brazo, comprando cantidad de libros de la EDITORIAL Ciruela en la librería ALTAMIRA del Drugstore. Ausentes de la realidad, sumidos en la historia del 1600, arrastraban a Césare, un perro San bernardo que de Jolly le regaló a Francisca cuando a ésta se le torció un ovario y supo que nunca podría tener hijos.

"Aún así parecía que siempre estaba embarazada, porque por un problema de glándulas y remedios estaba gordita. Pero no podía engendrar", comenta un vendedor de la Altamira de aquella época. Pero tuvieron el perro. "Ella se lo puso como prendedor en el pecho. Su pedigree era impresionante. En una libreta aparecía la incripcción de sus abuelos, bisabuelos y TATARABUELOS", recuerda de Jolly. Pero tal can hedía en el departamento de Lyon con Carlos Antúnez donde vivían. el poeta le había comprado al perro un tambor "para que hiciera sus cosas", Pero las vecinas reclamaban por las moscas, el olor y los hoyos del tamaño de una persona que el animal escavaba en el jardín de la comunidad. "Me demandaron todos, tuve que pagar multas y con el alma rota, desahacerme del pobre perro", recuerda el vate. El perro Cesare terminó en el regimiento Guardias Viejas de Los Andes. "¿Habrá muerto?", se pregunta de Jolly hoy. En el regimiento "desde hace tres años que no hay perros San Bernardo. Murieron todos", afirma un conscripto de guardia en las alturas.

LA GENTE DE LA CLASE ALTA AHORA –COMO ANTES- TAMPOCO COME PAN, PORQUE ES DE ROTO, SOBRE TODO, LA MIGA. COMEN GALLETAS DE AGUA. LA COCA-COLA, NI SE MIRA. TIENE GUSTO A PEINETA. TOMAN VODKA CON JUGO DE TOMATE: BLOODYMARY, EL TRAGO DE LOS NOBLES Y PRÍNCIPES RUSOS.

EL PEDIGREE DE PANCHITA

Francisca Droguett, la esposa de Paulo de Jolly hoy tiene 52 años y ya no pinta. Todo lo que aprendió en la Real academia de Pintura de San Fernando en Madrid terminó con la SEQUEDAD de los óleos y la mirada perdida de su reclusión. La semana pasada Panchita tenía SINUSITIS y estaba metida en su cama CREYENDO que su marido está en ALGÚN sótano del mundo sin posiblidad de escape. La Droguett es sobrina, ahijada y heredera de Reymundo Larraín, un aristócrata chileno que terminó casado con Margarita Rockefeller, millonaria desde la cuna y viuda de otro chileno, el Marqués de Cuevas.

Cuentan que el Marqués antes de ser Marqués y casarse con la Rockefeller, era el servicial mozo de Clara Vergara, la dueña de la quinta Vergara. La dama premió a su empleado con un viaje a Europa del que "Cuevitas" jamás VOLVIÓ. Con su nueva vida, Cuevas compró el título de Marqués y gracias a sus VIRTUDES de bailarín y a su inteligencia social, creó y dirigió el "BALLET del Marqués de Cuevas". Pronto Cuevas se haría cargo del BALLET de Montecarlo y de la fortuna de la esposa millonaria que conseguiría por EQUIVOCACIÓN, luego de que la Rockefeller lo confundiera con Yusupov, el asesino de Rasputín. Años antes, en Chile el joven reymundo Larraín –tío de la Panchita- era catalogado de "Gigoló" por usar maya de lycra y andar en puntita de pies. Descontento, huyó a Buenos aires y luego a París. Allí, durmiendo en un banco de plaza pública protegiéndose del frío con un diario, encontró en éste, casualmente, una foto de Cuevitas anunciando su ballet. El marqués tenía una deuda con su familia: Jaime Larraín García Moreno, su padre (abuelo de Francisca Droguett) había apadrinado a "Cuevitas" en Chile. Reymnundo apeló a Cuevas y éste, sin preguntarle mucho, le dio la mejor HABITACIÓN de su casa. Bien alimentado y guiado por el maestro, pronto Reymundo se CONVIRTIÓ en un bailarín de elite y en un personaje de la sociedad europea. Tanto así, que terminó casado con Margarita Rockefeller cuando ésta enviudó de Cuevas. La millonaria fue acusada de loca por DAVID y Nelson Rockefeller que querían chuparle dinero y PROPIEDADES. Inteligente ella, vio que la única manera de evitar la fuga de millones, era un matrimonio de confianza sin separación de bienes. ¿Con quién? La anciana señaló al jovencito Reymundo. Éste aceptó feliz la propuesta, mitad amorosa, mitad comercial. Agradecido, Reymundo se trajo a Margarita Rockefeller a una MANSIÓN de Lo Curro que adornaba con rosas blancas frescas cada día. Aún sin sexo, la Rockefeller habría dicho que con la única persona del mundo con la que se casaría en la otra vida sería con ese hombre que podría ser su nieto. Familiares aseguran que Reymundo también la quería de verdad. Ella murió en 1985 y él, tres años después.

Francisca Droguett, heredó parte de la fortuna de Reymundo Larraín quien en vida también becó a de Jolly con largas estadías en Europa que Paulo aprovecharía para agarrar del cuello a la historia de Francia, extrayendo sangre e intrigas palaciegas.

LOS ARISTOCRACIA DEL BLOODYMARY

De Jolly sale de la casa de reposo en la que está. Parte al Le Fournil de Vitacura con Alonso de Córdova. Hace frío. Una vez dentro, de Jolly murmura que con Pinochet cambiaron las cosas para la clase alta. Que subió una nueva estirpe social, "gente que tú no conoces, gente sin apellido", comenta, mientras despeja con un guante la humedad de la ventana que impide ver los restoranes del frente. la maniobra es sólo para apuntar que allí sirven comidas de treinta mil pesos por persona. "Y están repletos con gente que tiene MERCEDES Benz, Jaguar y Audis último modelo. Tienen la plata pero no el refinamiento de la AUSTERIDAD. La gente de clase se reúne en casa. Mi cuñado francés, Patrice, es un conde y anda con el impermeable roto", declara este minucioso observador que ha visto a la Bolocco y a Menem almorzando en el Cuero de Vaca del sector. "Yo en cambio, los domingo me siento en la plaza y no almuerzo ni tomo café, sino sol. Me basta con los ejecutivos top leyendo El Mercurio con el celular en la mesa", recrea el poeta que solía usar tenida de jugador de polo, el deporte de los reyes. "En el club ahora ya nadie me conoce, pues soy una piedra rodante, un rolling stone", dice sacándole las pelusas al chaleco sin mangas tejido a palillo con lana barata que luce esta tarde.

–Y ahora Paulo, ¿a qué clase perteneces?

-No puedo renegar de mi lugar, la clase alta y aristocrática de chile. Aún cuando ahora no tengo nada. Tardaría menos de diez minutos en cambiarme de casa, pues mis PROPIEDADES son dos camisas y dos PANTALONES.

-Dime cómo vivía la gente rica.

-En un mundo refinado, de hermosos salones, alfombras y escaleras de MÁRMOL. Comíamos filete mignon al CHAMPIGNON o pechuga de pavo. La gente de la clase alta ahora –como antes- tampoco come pan, porque es de roto, sobre todo, la miga. Comen galletas de agua. La Coca-Cola, ni se mira. Tiene gusto a peineta. Toman vodka con jugo de tomate: bloodymary, el trago de los nobles y príncipes rusos.

– Tú, ¿cómo preparas Bloodymary?

-Con ají, mostaza, pimienta y sal. Lo sirven preparado, se pide la botella nueva, sellada en la mesa para que no te envenenen. Es de linaje poner primero el vodka, después el jugo de tomate con los aliños y al lado, un huevo crudo. Se tragan el huevo y ENSEGUIDA se zampan el bloodymary.

-Guácala, eso no es nada refinado.

-Ohhh, si que lo es. Un poco bárbaro, tal vez tártaro, pero exquisito. Cuando yo iba a tomar blodymary a París, Nueva York o España con Reymundo, pedíamos siempre la botella de Stolichnaya y que se la destaparan delante de nosotros. En el mundo de los Rockefeller es usual envenenar a la gente para quitales la herencia.

Le recuerdo que el brebaje que tomaremos no fue vertido en nuestra PRESENCIA. Paulo de Jolly celebra la mala broma y resignado, mejor dicho, entregado a la tragedia, da el primer sorbo. Se le ve feliz, en otra.

EL COLECCIONISTA DE AUTÓGRAFOS

Por Alejando Zambra

A fines de enero del 2000, la casa de américa dedicó su tradicional "semana del autor" al poeta colombiano Álvaro Mutis (1923), por entonces recién distinguido con el premio cervantes de literatura. Escribí este texto en un cibercafé madrileño durante la mañana del 1 de febrero de ese mismo año.

-----Original message-----
From: "Alejandro Zambra"
To: Undisclosed recipient
Subject: Álvaro Mutis
Date: Fri, 1 Feb 2002

Algunos de ustedes saben que pasé largas noches leyendo la poesía de Álvaro Mutis, y un mes y medio escribiendo (bajo el gentil auspicio de Gesa Assistance S. A., hoy Axa Assistance S.A., una empresa que me pagaba por pernoctar junto al teléfono, por dormir junto al teléfono, e incluso por dormir junto al teléfono mientras la oficina se inundaba) sesenta páginas (finalmente fueron cuarenta y cuatro) sobre "La nieve del almirante", un relato que consta solamente de tres. Algunos de ustedes saben también que escribí un libro que para mí es, a la vez, una carta de ajuste y un ajuste de cuentas con ciertos fantasmas de cuya presencia aún no me atrevo a dudar. Pues bien, la ocasión de un vagamente académico homenaje a Mutis celebrado los días martes, miércoles y jueves de esta semana, me hizo recordar algunas de esas noches que muchas veces sitúo en un pasado imposible por remoto (ustedes saben o intuyen o yo me he encargado de recordarles que tengo 26 años) y otras veces (hoy, sin ir más lejos) me parece que todavía experimento. El día martes ingresé con mayor timidez que la normal al lujoso anfiteatro de la Casa de América. No por la inminencia del encuentro, sino porque en esa misma sala acabo de coronar un Diciembre atroz con 18 Ballantine's (la cantidad y la marca son felices abstracciones), acontecimiento sobre el cual he querido correr un tupido velo, a pesar de que consta en algunas fotografías un rostro que coincide del todo con mi descripción. Logré ubicarme entre una muy joven beldad (que nunca dejó de acariciar la barba de un mucho más joven anciano) y una francesa de estilizada fealdad que hablaba a diestra y siniestra de lo muy amiga que era de Álvaro, de cuánto le había gustado a Álvaro el libro que publicó en Francia sobre Álvaro que es, desde 1995 y hasta la fecha, el único libro que se ha publicado en Francia sobre Álvaro.

Álvaro hizo su ingreso triunfal por la puerta de los cantantes. En medio de las presentaciones, los gestos y alguna acotación suelta del homenajeado confirmaban por largo el célebre elogio de García Márquez: 'Álvaro Mutis es el hombre más simpático del mundo'. Más allá de la cortesía y de un cariñoso manejo de la ambigüedad (dijo sentirse feliz, como un paciente con muchos analistas), Mutis se dio maña para evitar la complacencia sin dejar de complacer. La señora que lo presentó dijo tantas veces la palabra 'maestro' que uno llegaba a dudar no de que Mutis mereciera tal calificativo sino de que existiera un ser humano capaz de enseñar algo a la señora esa. Al menos su deshilvanado y esnobista discurso la hacían la alumna aventajada de la escuela de los listos.

Con todo, las exposiciones dieron o intentaron dar una vuelta de tuerca a la obra de Mutis. Ninguno se arredró por la presencia del 'maestro' y la cosa funcionó con un cierto ritmo. Estaban allí Blas Matamoro, Jorge Ruiz Dueñas y Javier Ruiz Portella, todos inteligentes e informados. Se habló, entre otros asuntos, de la relación entre Maqroll el Gaviero y el Quijote, del Barnabooth de Larbaud, y de la paradójica tensión entre acción y reacción que anima la obra de Mutis. 'El reaccionario rebelde', se llamaba la ponencia (desgraciadamente no me enteré si el señor ése, de estudiada barba en desorden, era Ruiz Dueñas o Ruiz Portella, aunque con seguridad era Ruiz, ya que Matamoro era el que habló del Quijote) que ahondaba en ciertas declaraciones que muchos consideran extravagancias de escritor célebre y como tales las pasan de largo o por alto: el desprecio de Mutis por la democracia ("cuando muchos están de acuerdo en algo es para una bellaquería o una idiotez") y su nostálgica alabanza del orden que supone una monarquía absoluta. Si los lectores de Mutis estuvieran de acuerdo no habría problema, pero hasta el momento, salvo un soso artículo de Carlos Iturra en El Mercurio, no recuerdo a otro comentarista que dejara entrever un nítido entusiasmo al propósito. Aunque Iturra, por supuesto, tal como intentó hacer con Borges, quería, el perla, 'crear a sus precursores'. A riesgo de leer mal o de no leer.

Más tarde el propio Mutis abundó en su feroz crítica de la sociedad contemporánea, que no es la defensa de izquierdas ni derechas sino una especie de radical descreimiento en la noción de progreso, acaso confirmando eso de que el último hecho histórico que realmente le interesa es 'la caída de Bizancio en manos de los infieles'.

El resto: un par de preguntas de los ponentes al autor (que nada pero algo tenían de solicitud aprobatoria: ¿lo hice bien, maestro?), demasiado simples como para ser contestadas en serio, y la complicidad que despertó Mutis al hablar con la voz con que hace muchos años doblaba a uno de los personajes de Los intocables. Tras cartón la multitud se le acercó con libros sospechosamente nuevos, a pedirle una firma. Az andaba por ahí cerca con el último ejemplar de Bahía Inútil y sus cuarenta y cuatro páginas sobre 'La nieve del almirante'. Mientras Mutis, a pesar del pulso, firmaba cuanto podía, Az dudaba si integrarse a la fila, hasta que finalmente decidió dejar los presentes con el señor Ruiz, aquel de la estudiada barba descuidada, y salió soplado al viento frío madrileño, dispuesto a entrar al primer Mcdonalds que encontrara a su paso.

Fue un Burger King. Mientras despachaba una lánguida doble cheese y recordaba, de paso, la razonable paella que hace dos meses comió con dos de ustedes en el Museo del Jamón, me sentía arrepentido de no haber conversado siquiera una palabra con Mutis, sentimiento que me hizo pergeñar complicadas y casi líricas teorías sobre la inhabilidad social.

El miércoles no fuí.

El jueves (ayer), en cambio, iba decidido a que me firmara un libro, o más bien convencido de que era la única manera de acercarme y cambiar algún párrafo sobre el clima. Llevaba mi gastado ejemplar de la Summa de Maqroll el Gaviero, edición del Fondo de Cultura Económica, y si bien no vestía un sobretodo azul, la verdad es que ayer era uno de esos días en que me siento integrado al mundo y me parece que los semáforos cambian de color con una cierta secreta elegancia. Era uno de esos raros días. Además, tenía la expectativa de conocer a (quiero decir conocer el aspecto de) Juan Villoro, ya que acababa de echar un largo vistazo a su libro Efectos Personales.

Villoro era uno de los invitados y al cabo fue el que más gracia me hizo. Los otros dos fueron Eduardo García Aguilar y Adolfo García Ortega. 'García' me pareció bien y 'García' no estuvo nada mal. No sé si uno u otro leyó una ponencia sobre las lecturas de Mutis, que fue la única ponencia que se leyó, pues en adelante los garcías y Villoro se limitaron a hacer preguntas y a preparar un poco el ambiente para la lectura de poemas (que dicho sea de paso, yo esperaba ansioso). Villoro parecía especialmente desinteresado en demostrar su inteligencia y tendió puentes esenciales, en una charla en que se recordó a los poetas Francisco Cervantes, Eugenio Montejo (a propósito del cual Mutis alguna vez dijo: 'Sabe desordenar la realidad'), Baudelaire, Larbaud de nuevo, Neruda y Huidobro; se evocó un encuentro de poetas en que Mutis sólo leyó poemas de Aurelio Arturo, y otro, organizado por Mutis, al que fue invitado Günter Grass y llegó un ciudadano alemán que tenía la fortuna de también llamarse Günter Grass.

La exégesis se produjo naturalmente, como debe de ser en estos espacios de discusión pública, lo que nos libró de esas maratones en que cada cual está preocupado de alcanzar a decir sus líneas. A pesar de la enumeración de nombres (el namedropping del que habla Germán Carrasco), tras cada nombre había algo más que una nostalgia bibliófila. Se habló de poesía. Luego Mutis leyó 'Una calle de Córdoba' y dos de los poemas titulados 'Sonata'. No tardaron en aparecer los créditos. Para entonces ya no me sentía tan radiante, pero me sumé a la hilera y, llegado el momento, desenfundé mi ejemplar, saludé y dije o mascullé algo así como 'Mucho gusto' o 'Felicidades', no lo sé. Mutis me miró como imagino se mira a un joven que colecciona autógrafos. Pero yo no quería un autógrafo, así es que le dije, en un acceso de sentimentalismo, que otro día nos daríamos un abrazo. Frase que de seguro no escuchó, pero qué importa. Ahora tengo una espantosa caligrafía (que podría ser la de un niño, la de un niño tembloroso), una mancha en la portadilla de un bello ejemplar editado por el Fondo de Cultura Económica.

Salí de Casa de América y seguí una línea recta hasta Gran Vía y luego hasta Corredera Baja de San Pablo, y entré a un café a comprar cigarros y miré el televisor. Ni los parroquianos ni los jugadores del Real Madrid me saludaron. Yo tampoco, porque estaba distraído pensando en la poesía de Mutis y en mis amigos. Sin nostalgia, que hubiera sido un sentimiento demasiado elaborado para el momento. Acaso apenas el deseo de compartir con ellos (con ustedes) una botella de vino. Pero no de cualquier vino. Conversar, quizás, de la tierra caliente colombiana (que no conozco), de la Bahía Inútil (que tampoco conozco) o de las dificultades que conlleva dar forma a un bonsai. Del tiempo que hace en los recuerdos, como dice uno de ustedes. ¿Quería hablar con Mutis? Creo que no. Aunque hubiera disfrutado decirle, grabadora en mano:

-Señor Mutis, en directo para mis amigos: ¿Es usted reaccionario o revolucionario?
¡Diga algo, oiga, o lo denuncio!

De esas mínimas alturas me sacó el señor de la barra, quien me aclaró lo que yo ya sabía ('Para ver el partido hay que consumir'). Yo no me molesté en aclararle que no estaba viendo el partido, y me tomé una caña mientras veía el partido. Algunos de ustedes saben que no me gusta mucho la cerveza, o que me gusta pero de inmediato me comienza la migraña.
Pero no viene mal de vez en cuando.

EL COLECCIONISTA DE AUTÓGRAFOS

Por Alejando Zambra

A fines de enero del 2000, la casa de américa dedicó su tradicional "semana del autor" al poeta colombiano Álvaro Mutis (1923), por entonces recién distinguido con el premio cervantes de literatura. Escribí este texto en un cibercafé madrileño durante la mañana del 1 de febrero de ese mismo año.

-----Original message-----
From: "Alejandro Zambra"
To: Undisclosed recipient
Subject: Álvaro Mutis
Date: Fri, 1 Feb 2002

Algunos de ustedes saben que pasé largas noches leyendo la poesía de Álvaro Mutis, y un mes y medio escribiendo (bajo el gentil auspicio de Gesa Assistance S. A., hoy Axa Assistance S.A., una empresa que me pagaba por pernoctar junto al teléfono, por dormir junto al teléfono, e incluso por dormir junto al teléfono mientras la oficina se inundaba) sesenta páginas (finalmente fueron cuarenta y cuatro) sobre "La nieve del almirante", un relato que consta solamente de tres. Algunos de ustedes saben también que escribí un libro que para mí es, a la vez, una carta de ajuste y un ajuste de cuentas con ciertos fantasmas de cuya presencia aún no me atrevo a dudar. Pues bien, la ocasión de un vagamente académico homenaje a Mutis celebrado los días martes, miércoles y jueves de esta semana, me hizo recordar algunas de esas noches que muchas veces sitúo en un pasado imposible por remoto (ustedes saben o intuyen o yo me he encargado de recordarles que tengo 26 años) y otras veces (hoy, sin ir más lejos) me parece que todavía experimento. El día martes ingresé con mayor timidez que la normal al lujoso anfiteatro de la Casa de América. No por la inminencia del encuentro, sino porque en esa misma sala acabo de coronar un Diciembre atroz con 18 Ballantine's (la cantidad y la marca son felices abstracciones), acontecimiento sobre el cual he querido correr un tupido velo, a pesar de que consta en algunas fotografías un rostro que coincide del todo con mi descripción. Logré ubicarme entre una muy joven beldad (que nunca dejó de acariciar la barba de un mucho más joven anciano) y una francesa de estilizada fealdad que hablaba a diestra y siniestra de lo muy amiga que era de Álvaro, de cuánto le había gustado a Álvaro el libro que publicó en Francia sobre Álvaro que es, desde 1995 y hasta la fecha, el único libro que se ha publicado en Francia sobre Álvaro.

Álvaro hizo su ingreso triunfal por la puerta de los cantantes. En medio de las presentaciones, los gestos y alguna acotación suelta del homenajeado confirmaban por largo el célebre elogio de García Márquez: 'Álvaro Mutis es el hombre más simpático del mundo'. Más allá de la cortesía y de un cariñoso manejo de la ambigüedad (dijo sentirse feliz, como un paciente con muchos analistas), Mutis se dio maña para evitar la complacencia sin dejar de complacer. La señora que lo presentó dijo tantas veces la palabra 'maestro' que uno llegaba a dudar no de que Mutis mereciera tal calificativo sino de que existiera un ser humano capaz de enseñar algo a la señora esa. Al menos su deshilvanado y esnobista discurso la hacían la alumna aventajada de la escuela de los listos.

Con todo, las exposiciones dieron o intentaron dar una vuelta de tuerca a la obra de Mutis. Ninguno se arredró por la presencia del 'maestro' y la cosa funcionó con un cierto ritmo. Estaban allí Blas Matamoro, Jorge Ruiz Dueñas y Javier Ruiz Portella, todos inteligentes e informados. Se habló, entre otros asuntos, de la relación entre Maqroll el Gaviero y el Quijote, del Barnabooth de Larbaud, y de la paradójica tensión entre acción y reacción que anima la obra de Mutis. 'El reaccionario rebelde', se llamaba la ponencia (desgraciadamente no me enteré si el señor ése, de estudiada barba en desorden, era Ruiz Dueñas o Ruiz Portella, aunque con seguridad era Ruiz, ya que Matamoro era el que habló del Quijote) que ahondaba en ciertas declaraciones que muchos consideran extravagancias de escritor célebre y como tales las pasan de largo o por alto: el desprecio de Mutis por la democracia ("cuando muchos están de acuerdo en algo es para una bellaquería o una idiotez") y su nostálgica alabanza del orden que supone una monarquía absoluta. Si los lectores de Mutis estuvieran de acuerdo no habría problema, pero hasta el momento, salvo un soso artículo de Carlos Iturra en El Mercurio, no recuerdo a otro comentarista que dejara entrever un nítido entusiasmo al propósito. Aunque Iturra, por supuesto, tal como intentó hacer con Borges, quería, el perla, 'crear a sus precursores'. A riesgo de leer mal o de no leer.

Más tarde el propio Mutis abundó en su feroz crítica de la sociedad contemporánea, que no es la defensa de izquierdas ni derechas sino una especie de radical descreimiento en la noción de progreso, acaso confirmando eso de que el último hecho histórico que realmente le interesa es 'la caída de Bizancio en manos de los infieles'.

El resto: un par de preguntas de los ponentes al autor (que nada pero algo tenían de solicitud aprobatoria: ¿lo hice bien, maestro?), demasiado simples como para ser contestadas en serio, y la complicidad que despertó Mutis al hablar con la voz con que hace muchos años doblaba a uno de los personajes de Los intocables. Tras cartón la multitud se le acercó con libros sospechosamente nuevos, a pedirle una firma. Az andaba por ahí cerca con el último ejemplar de Bahía Inútil y sus cuarenta y cuatro páginas sobre 'La nieve del almirante'. Mientras Mutis, a pesar del pulso, firmaba cuanto podía, Az dudaba si integrarse a la fila, hasta que finalmente decidió dejar los presentes con el señor Ruiz, aquel de la estudiada barba descuidada, y salió soplado al viento frío madrileño, dispuesto a entrar al primer Mcdonalds que encontrara a su paso.

Fue un Burger King. Mientras despachaba una lánguida doble cheese y recordaba, de paso, la razonable paella que hace dos meses comió con dos de ustedes en el Museo del Jamón, me sentía arrepentido de no haber conversado siquiera una palabra con Mutis, sentimiento que me hizo pergeñar complicadas y casi líricas teorías sobre la inhabilidad social.

El miércoles no fuí.

El jueves (ayer), en cambio, iba decidido a que me firmara un libro, o más bien convencido de que era la única manera de acercarme y cambiar algún párrafo sobre el clima. Llevaba mi gastado ejemplar de la Summa de Maqroll el Gaviero, edición del Fondo de Cultura Económica, y si bien no vestía un sobretodo azul, la verdad es que ayer era uno de esos días en que me siento integrado al mundo y me parece que los semáforos cambian de color con una cierta secreta elegancia. Era uno de esos raros días. Además, tenía la expectativa de conocer a (quiero decir conocer el aspecto de) Juan Villoro, ya que acababa de echar un largo vistazo a su libro Efectos Personales.

Villoro era uno de los invitados y al cabo fue el que más gracia me hizo. Los otros dos fueron Eduardo García Aguilar y Adolfo García Ortega. 'García' me pareció bien y 'García' no estuvo nada mal. No sé si uno u otro leyó una ponencia sobre las lecturas de Mutis, que fue la única ponencia que se leyó, pues en adelante los garcías y Villoro se limitaron a hacer preguntas y a preparar un poco el ambiente para la lectura de poemas (que dicho sea de paso, yo esperaba ansioso). Villoro parecía especialmente desinteresado en demostrar su inteligencia y tendió puentes esenciales, en una charla en que se recordó a los poetas Francisco Cervantes, Eugenio Montejo (a propósito del cual Mutis alguna vez dijo: 'Sabe desordenar la realidad'), Baudelaire, Larbaud de nuevo, Neruda y Huidobro; se evocó un encuentro de poetas en que Mutis sólo leyó poemas de Aurelio Arturo, y otro, organizado por Mutis, al que fue invitado Günter Grass y llegó un ciudadano alemán que tenía la fortuna de también llamarse Günter Grass.

La exégesis se produjo naturalmente, como debe de ser en estos espacios de discusión pública, lo que nos libró de esas maratones en que cada cual está preocupado de alcanzar a decir sus líneas. A pesar de la enumeración de nombres (el namedropping del que habla Germán Carrasco), tras cada nombre había algo más que una nostalgia bibliófila. Se habló de poesía. Luego Mutis leyó 'Una calle de Córdoba' y dos de los poemas titulados 'Sonata'. No tardaron en aparecer los créditos. Para entonces ya no me sentía tan radiante, pero me sumé a la hilera y, llegado el momento, desenfundé mi ejemplar, saludé y dije o mascullé algo así como 'Mucho gusto' o 'Felicidades', no lo sé. Mutis me miró como imagino se mira a un joven que colecciona autógrafos. Pero yo no quería un autógrafo, así es que le dije, en un acceso de sentimentalismo, que otro día nos daríamos un abrazo. Frase que de seguro no escuchó, pero qué importa. Ahora tengo una espantosa caligrafía (que podría ser la de un niño, la de un niño tembloroso), una mancha en la portadilla de un bello ejemplar editado por el Fondo de Cultura Económica.

Salí de Casa de América y seguí una línea recta hasta Gran Vía y luego hasta Corredera Baja de San Pablo, y entré a un café a comprar cigarros y miré el televisor. Ni los parroquianos ni los jugadores del Real Madrid me saludaron. Yo tampoco, porque estaba distraído pensando en la poesía de Mutis y en mis amigos. Sin nostalgia, que hubiera sido un sentimiento demasiado elaborado para el momento. Acaso apenas el deseo de compartir con ellos (con ustedes) una botella de vino. Pero no de cualquier vino. Conversar, quizás, de la tierra caliente colombiana (que no conozco), de la Bahía Inútil (que tampoco conozco) o de las dificultades que conlleva dar forma a un bonsai. Del tiempo que hace en los recuerdos, como dice uno de ustedes. ¿Quería hablar con Mutis? Creo que no. Aunque hubiera disfrutado decirle, grabadora en mano:

-Señor Mutis, en directo para mis amigos: ¿Es usted reaccionario o revolucionario?
¡Diga algo, oiga, o lo denuncio!

De esas mínimas alturas me sacó el señor de la barra, quien me aclaró lo que yo ya sabía ('Para ver el partido hay que consumir'). Yo no me molesté en aclararle que no estaba viendo el partido, y me tomé una caña mientras veía el partido. Algunos de ustedes saben que no me gusta mucho la cerveza, o que me gusta pero de inmediato me comienza la migraña.
Pero no viene mal de vez en cuando.

APUNTES SOBRE EL ESCRIBIR Y EL REÍR

Por Ernesto Rodríguez S.

Todos necesitamos un espacio propio, y si lo perdemos, se nos cae la vida. En nuestra morada podemos demorarnos, dejar que crezca y madure nuestro ocio. Ahí estamos con nuestros pensamientos y podemos recibir a los amigos y a las amigas. La buena sòledad, no la mala, el abandono. Huéspedes de nuestra propia morada, tenemos lugar para los que pasan, entran y se quedan antes de seguir su viaje, y los libros que vienen, nos hablan, nos dejan tomarlos, dejarlos y retomarlos, y terminan quedándose. Nuestra cama, dice Perec, y nuestra casa, las calles y así hasta el universo. Los que son huéspedes de ellos mismos y reciben huéspedes son las almas hospitalarias.

Los pensamientos, como los humanos, aparecen y desaparecen, pero podemos dejarlos con nosotros. Los buenos escritores son almas hospitalarias, y también los que los leen. Hay otras formas de hospitalidad, muchas, sólo que los que escriben y leen dan lugar a que los volátiles pensamientos y los peregrinos personajes se queden.

Pienso en dos escritores que tienen en común una hospitalidad amable, irónica; escritores que no tocaron las estrellas, o si las tocaron no hablaron de ellas; pienso en Vladimir Nabokov e Italo Svevo. Cuando somos muy jóvenes nos cuesta mucho contener la furia, el desprecio trascendental frente a la injusticia de los poderosos y la general estupidez del mundo. Mientras más lejos del poder, mejor; pero uno puede llegar a aceptar y hasta a querer la estupidez del mundo por la tan simple razón de que todos somos también irremediablemente estúpidos. La precipitación, la ansiedad, tan humanas y tan particularmente masculinas, son dos formas permanentes de la estupidez. Nos cuesta mucho aprender a reír, antes que nada de nosotros mismos; cuando lo hacemos aprendemos a reír.

En un poema que Apollinaire escribe el día que se casa su amigo Andrè Salmon, recuerda una noche con él en su primera juventud; fumando, bebiendo y mal vestidos, cogidos por las mismas palabras cuyo sentido habrá que cambiar. De pronto la mesa se cayó, los vasos se rompieron y entonces, dice, aprendieron a reír.

Creo que siempre supe reír, pero me amarraban las grandes verdades. En mi caso podían ser la filosofía platónica-heideggeriana y el catolicismo. Juntas funcionan muy bien, tienen toda la razón sobre este mundo, la historia y el otro; pero funcionan tan bien que no permiten gozar de lo bueno que tiene la estupidez y tampoco reclamar cuando los poderes del mundo establecen una alianza criminal con el pensamiento y la religión. Ahora "voy" a Platón y Heidegger y "voy" a la liturgia que celebra el tiempo que siempre vuelve; ahora, después que aprendí a reír con libros, amigos y amigas.

Descubrí a Lawrence Sterne (Tristram Shandy, Viaje sentimental). ¡Cómo me reí y qué cerca me sentí del tío Toby y sobre todo del pobre Yorick, que no podía contener su genio pícaro y terminaba indefenso ante la insidia de los poderes. Después encontré que Nietzsche, el Nietzsche que pocos conocen, reconocía en Sterne al autor más libre de todos los tiempos. Nietzsche ve y señala esa querida tierra feliz, en la que no alcanza a vivir.

Envidio a Nabokov su facilidad feliz, su melodía perfecta, lúcida, que nunca desafina. Sabemos que trabajaba sobre una hoja de papel, entretenido y largamente, hasta que su relato tenía toda la velocidad y precisión que quería. El gozo de vivir y la picardía acompaña las aventuras de sus personajes y también una ironía que se burla de los ridículamente serios, pero nunca los odia. Creo que llego a amar la estupidez humana como Flaubert (*Bouvard y Pecuchet*) a quien consideraba el mayor maestro del oficio. Recordó (*Habla, Memoria*) los años felices de su infancia dorada, los grandes espacios de sus casas y jardines, la libertad y cuidado de sus padres, su amistad con los empleados y su primer amor. Persiguió siempre esa felicidad, la cuidó cuando perdieron todos sus bienes, despreció a los que maldecían a los revolucionarios y también la seriedad implacable de los bolcheviques que quisieron hacer más justo el mundo sofocando lo espontáneo. Decía que no creía en el tiempo, que el ocio y el juego eran anteriores al trabajo y que Dios había creado el mundo un domingo. Como su vida era verdaderamente rica, no la perdió en el exilio y la transformó en una creación incesante de ficción y estilo. Quizá no sea en el sentido último de la palabra un escritor que haya tocado el abismo y el cielo, pero buscó en medio de la vida los caminos en que los juegos pueden devolvernos por un momento al paraíso terrenal. Sentimos que le falta profundidad y dolor; pero creo que decidió que de esas cosas era mejor callar. Quizás no era un alma muy profunda porque había sido demasiado feliz: la infancia dorada, muchas aventuras amorosas en su juventud de exiliado, buen arquero de un equipo de fútbol en Cambridge y, alrededor de 26 o 27 años, el encuentro con Vera, que fue su esposa, su amiga, su amante, su secretaria a quien le dictaba sus escritos, y a quien dedicó todos sus libros. No podemos pedirle a un autor los bienes que le faltan y hay que buscarlos en otros lados; pero cuando un escritor cree que tiene una "misión", es muy aconsejable que lea a Nabokov.

O a Italo Svevo, poco conocido entre nosotros y que ahora es releído con admiración. Era un burgués de familia acomodada en la ciudad-puerto de Triste. El Trieste de Svevo, alrededor de 1910 al 1930, es increíblemente semejante al Valparaíso de mi infancia. Sus dos primeras novelas pasaron desapercibidas, pero las alabó Joyce, quien lo animó a escribir *La conciencia de Zeno*, libro largo y feliz, aparentemente ajeno a la innovación, por lo que por mucho tiempo ha parecido ser un libro no vigente; pero está hecho de gracia y sencillez, dos grandes virtudes que suelen encontrarse frecuentemente entre los italianos. La vida burguesa despliega entonces su encanto escondido detrás de tantas convenciones y saludos. Svevo/Zeno se ríe de sí mismo y se quiere así como es, inseguro, secuaz de sus aventuras y complicaciones, incorregiblemente infiel y al mismo tiempo benévolo con la estupidez humana y emocionado con su ternura. La gracia y la irrealidad del mundo tienen su correlato en nuestra propia existencia; esa real irrealidad de sus personajes que son semejantes a los que encontramos en nuestras familias y amistades, lo hacen no estar nunca seguro de si es bueno o malo: esa es la conciencia de Zeno, ese que no puede dejar de fumar, de acercarse a las mujeres, que intenta comprender pero no tiene el coraje de llegar hasta el final. El gozo y la imposibilidad que van juntos en la vida están contados con la mayor sencillez. Por eso le creemos. Un hombre acogedor que va entre complicaciones y complicaciones dándose cuenta que la vida es la única enfermedad que siempre es mortal, que el dolor y el amor no pueden considerarse una enfermedad aunque duelan y que la vida, en definitiva, "no es difícil, pero muy original". Cuando lo leo pienso que entre nosotros Oscar Bustamante se le parece y por eso hay quien no cree que escribe en serio.

Las almas hospitalarias no debieran temer a la palabra alma, que es irremplazable, y tampoco a ser felices. Ningún escritor de verdad, ni siquiera el más perfecto de nuestro tiempo – que bien podría ser Kafka –, dejó de hacer bromas con sus amigos. Becket contestaba todas las cartas, gustaba de las mujeres y admiraba a Búster Keaton. Joseph Brodsky admiraba a los Beatles, a Noel Coward y a Cole Porter. Un día, aprendemos a reír.

lo

El mito del artista destrozado

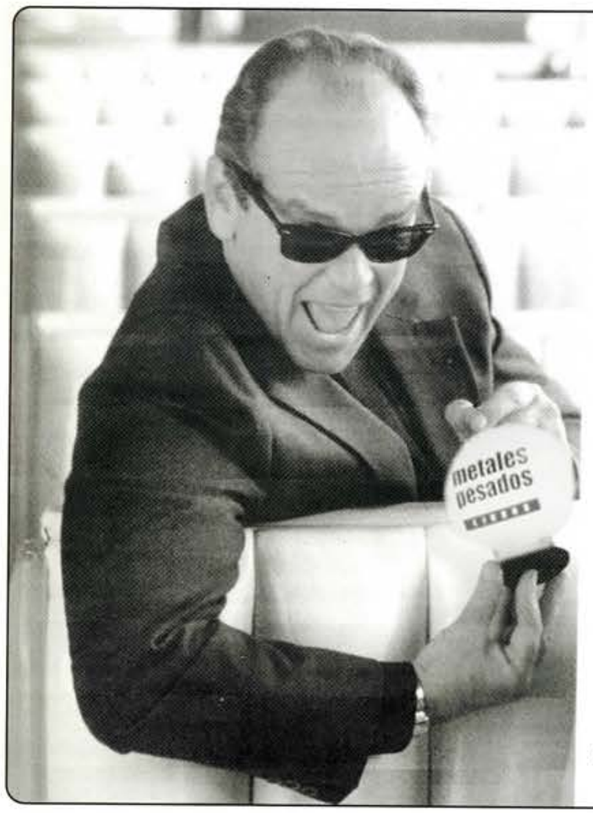
Por Raúl Zurita

Es una escena: el público se asemeja a los que asisten a las inauguraciones de pintores en las galerías de Nueva Costanera (puedes imaginar ya las fotos en las notas sociales de El Mercurio, en Cosas). Pero no es una muestra de pintura, es la presentación de un libro –notable– y se trata de un restorant chic, ad hoc. La presentación acaba de terminar y entra entonces un poeta a abrazar al autor presentado. Fisicamente está destruido, alcohólico y casi a tientas avanza rodeado de una pequeña corte que lo celebra como si le compitiera el honor de exhibirlo. Él no me ve, algunos del séquito sí y en las miradas que me dirigen presiento algo como un reproche –sordo, como debe ser– y los gestos (siempre forzados) que pretenden demostrar desprecio. Tenemos casi la misma edad, llegamos a ser muy amigos y para su escuálida corte es una ganancia. Alguien les evita realizar en carne propia los gestos extremos de su propia aniquilación y lo celebran como a un Cristo. Él mismo parece complacerse de su espectáculo y da a diestra y siniestra entrevistas cada vez más idiotas a tipos –otros cuervos– que lo único que les importa es lo que nada importa. En esas condiciones sólo alguien con la resistencia de Hemingway puede escribir. Su poesía fue vivaz y original, pero está inconclusa y todo: la pequeña corte, él mismo, tiene algo de triste y en extremo estúpido, de irritante.

He visto esa escena antes: la misma corte, el mismo chivo expiatorio o bufón que los complace. He visto el fin de algunos de esos sacrificados y he leído después los poemas póstumos de sus cortesanos y poetastrajos que no hicieron nada por evitarles el final predecible sino que, al contrario, los avivaban en el proceso sistemático de su destrucción. Uno de ellos, a propósito del suicidio de Rodrigo Lira, publicó un poema de corazón inflamado que no he podido olvidar: "Que me patée Dios si hago retórica con tu nombre, hermano" como si esa frase no fuese en sí la muestra más declamativa y pueril de lo retórico. Porque a la mayoría de esas pobres víctimas les fue dado sólo la ansiedad enferma del mito, de la inmortalidad, reservándose sí el único riesgo que podría quizás haberles otorgado esa inmortalidad y ese mito: escribir, y dejar luego que sea la vida misma, a menudo gris, sonámbula, la que los sancione, los premie o los olvide.

Porque el verdadero problema es que el sufrimiento o la locura no hace a nadie igual a Van Gogh, no hace a nadie gemelo de Rimbaud, no fabrica por decreto a un Baudelaire. Sería muy simple si fuese así; alcoholizarse hasta la demencia, drogarse, suicidarse, no cuesta nada, escribir es lo difícil, ese es el único acto demencial que cuenta, y las minúsculas cortes de los milagros que avivan a esos pobres seres que mueren, que les explotan sus patéticas necesidades de cariño y exhibicionismo, ni siquiera celebran la "autenticidad", la "transgresión" al sistema, el "margen", del remedo de artista que avivan, sino que buscan, y con desesperación, en lo más burgués, seguro y convencional: en el mito del poeta destrozado, la ilusión de estar perteneciendo al bando de los puros, de los no contaminados por la sociedad, de los incorruptibles. Enamorados así de vidas que no pueden llevar, los fans de los artistas malditos (los fans de Bolaño incluidos, a esos que leyéndolo o no, les fascina sobre todo que se haya muerto joven) buscan como sea sus émulos actuales para que los masturben, los sacien, los hagan acabar, con el ritual extremo de una autodestrucción ajena que en sí misma no significa nada.

Invariablemente los encuentran e invariablemente los alientan. Es en el fondo la misma explotación sombría de los reality shows, de las diminutas figuras de la farándula y del vedetismo. El artista estropeado –en esas condiciones, como decíamos, no se escribe, no se hace arte, apenas se farfulla– se ha perdido de sí mismo y sólo un ejercicio extremo de lucidez puede librarlo de sus captores. lo



metales pesados

L I B R O S

José Miguel de la Barra 460

Fono: 638 75 97

mail: metalespesados@terra.cl

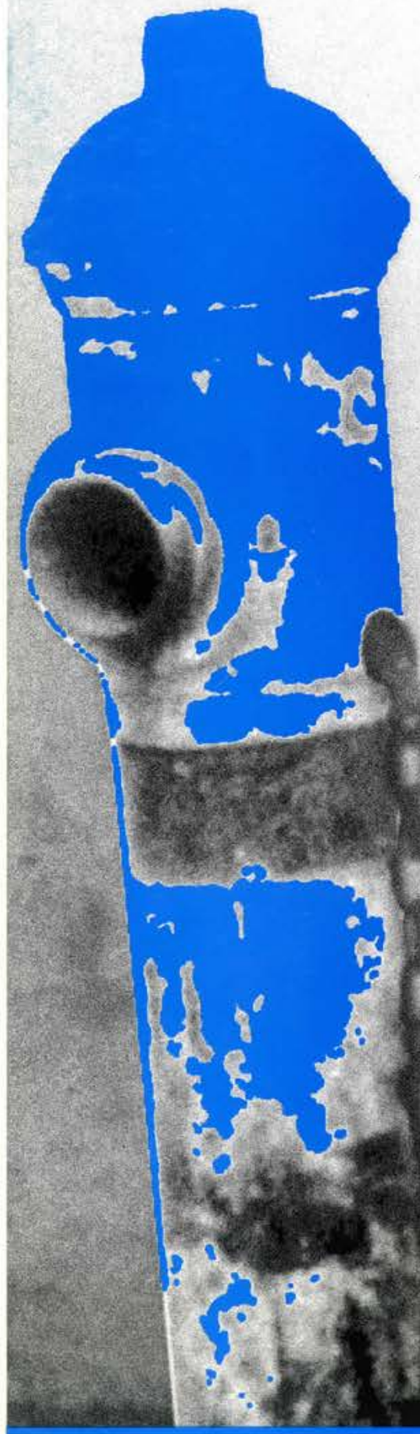
www.metalespesados.cl

Literatura
Género
Sociología
Filosofía
Arte
Arquitectura
Poesía
Cine
Música

Horario de Atención: Lunes a Sábado de 10:00 a 15:00 de 16:00 a 21:00 horas. Domingo de 16:00 a 21:00 horas

grifo

Escuela de Literatura Creativa Universidad Diego Portales



Solicito a quien tenga
en su poder algún
objeto hecho por mí, que,
a su juicio,
sea una obra de arte,
me lo haga saber.

Carlos Altamirano